REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 8 de Octubre | Núm. 14

Año XIV. No. 606

SUMARIO

Cervantes y el genio de España .... *E. Giménez Caballero*
Digamos también algo de México .... *Mario Sancho*
Cad'uno es cad'uno .... *Carlos M. Salazar H.*
El tipo del indio americano .... *Gabriela Mistral*
Carta abierta a la colonia venezolana de Bogotá .... *Rómulo Betancourt*
Erasmo .... *Azorín*
Un poeta nativista uruguayo: Fernán Silva Valdés .... *Aurelio Martínez Mutis*
Canto a los nuevos poetas de América .... *Fernán Silva Valdés*
Chaplin defiende a su prole amenazada .... *Juan del Camino*
Introducción al estudio de Horacio (6) .... *Persiles*
Bibliografía titular ....
Poemas .... *Fernán Silva Valdés*
Comentario .... *Miguel de Unamuno*
Unas palabras .... *j. g. m.*

ERASMISMO Y CATOLICISMO

Cervantes y el genio de España

= De *El Sol*. Madrid =

Cuando apareció el libro de Américo Castro, "El pensamiento de Cervantes" (1925), yo lo comenté en este mismo sitio. Después, en otros varios. Vi, desde el primer momento, que se trataba de un libro enormemente polémico, donde la pasión política se halla fríamente disimulada entre una buena enredadera erudita.

Américo Castro, con su libro, pretendía nada menos que entronizar el sagrado corazón de Cervantes en la Institución Libre de Enseñanza. Aunque aparentemente semejase lo contrario: la introducción de un institucionista en el sagrario cervantino.

La tesis de Castro era ésta: "Cervantes fué un índice máximo de su época. Su época era el Renacimiento. El Renacimiento era el triunfo de la crítica humanista sobre el dogma católico, gracias al gran instrumento humanístico que se llamó la "hipocresía".

Cervantes estaba en la línea del Brocense, de Sigüenza, de los buenos erasmistas. Y sus lecturas—en un sistema scheleriano—de simpatías fueron el Bembo, Castellón, León Hebreo y Erasmo".

Naturalmente, esto significaba—más que interpretar objetivamente a Cervantes—clasificarlo subjetivamente.

No es que Cervantes no fuera como decía Castro. Es que por subrayarlo tanto Castro, Cervantes se hacía sospechoso de ser así. De ahí que ese Cervantes americense oliera a sospechoso. Y fuese fichado por los venerables familiares del Santo Oficio español.

—¿Por rancios y fanáticos españoles tradicionalistas?

—No, señores. Por sensatos y sensibles europeos, que hicieron el oficio santo de "españoles".

El fascículo actual de Castro—"Erasmo en tiempo de Cervantes"—es, si se mira bien, uno de los espectáculos más sorprendentes y hasta gozosos que se han dado en la erudición española desde hace siglos. Dentro de una clásica línea de "polemismo iracundo y dieciochesco", este fascículo está enderezado a combatir "a Europa por un español"...



Según *Juan de Jáurigui*

—Pero ¿es posible? ¿Un español tal "europeo" como Castro?

—Ello es posible. Pero combate a Europa—a unos cuantos europeos—porque resultan más españoles que él y él más europeo que ellos...

—La cosa es divertida y sorprendente...

—Sí. Castro ataca a los franceses Bataillon y Bertrand, a los germanos Hatzfeld y Spitzer. Y al inglés Bell, por tener de Cervantes, estos buenos señores, una idea tópica. Por creerle un católico representativo de la representativa España católica del xvi y por negarse a admitir plenamente que Cervantes fuera para España lo que Descartes para Francia, Galileo para Italia y Erasmo para Holanda: un "heroico hipócrita".

—Eso de la "hipocresía heroica", ¿es una frase de Ortega y Gasset, verdad?

—Sí. Está contenida en las "Meditaciones del Quijote" (1914), frase directriz que debió incitar mucho el pensamiento de Castro sobre Cervantes.

—Indudablemente, para un liberal, un criticista, un "europeo de España", ver que los europeos de veras, los hijos de los liberales y criticistas países de Erasmo, Descartes y G. Bruno, hablan bien del catolicismo y hasta de la Inquisición española, debe ser trágico.

—Muy trágico. Castro asume muy bien esta tragedia: "Que se expresen tales inepcias en la lengua de Simmel, de Schéler y de Dielthey lo lleva a uno a desconfiar hasta de su sombra". Lo que quiere significar, en el lenguaje "europeísta" de nuestros europeos locales: "Que llevemos años y años intentando demostrar que España fracasó por no ser europea, criticista y liberal, y ahora, cuando ya hemos logrado reunir una "minoría selecta del xvi, con Cervantes como jefe de esa minoría", nos salgan los europeos de Europa con que eso no tiene importancia, es como para no creer en "Europa", en nuestra "sombra", en "nuestra obsesión".

—Efectivamente: los polemistas españoles, desde Quevedo para acá, se pelearon con Europa porque no reconocían la excelsitud de nuestra civilización católica. Y ahora que nos la reconocen, ¡nos peleamos también!

—Castro cree que estos señores hispanistas no tienen "sensibilidad hispánica" bastante para comprender nuestras cosas.

—¿Y a qué llama Castro "comprender" nuestras cosas?

—Pues a lo mismo que Onís: creer que la España del siglo xvi fué como la Rusia de Stalin. Y que no fué la inquisición la causa de nuestra decadencia, sino el modo inmanente de ser que tienen los españoles, su cerrazón a las ideas novedosas por el hecho de ser novedosas, más que por ser ideas. En el fondo, "comprender a España"—según estos queridos maestros universitarios—es "dudar de España", del "genio de España". Un escepticismo desolador y radical.

—Algo hay de eso...

—Algo, no. Mucho. Me sé de memoria, "par coeur", este "tema de oposición"...

—¿Y en qué se funda Castro para hablar del Erasmismo en Cervantes?

—Científicamente, en dos anécdotas. Una: que el maestro escolar de Cervantes López de Hoyos debió conocer el "Antibarbarorum" de Erasmo y hablarle de él al joven Miguel. Y otra: que Don Quijote recomienda la lectura del libro "Luz del alma", de fray Felipe de Meneses, libro de grandes contactos erasmistas.

—¿Nada más?

—Sí. Ofrece Castro algunos datos y apuntes más sobre el posible criticismo de Cervantes. Pero todos ellos conjeturales.

—Y usted, ¿qué opina sobre este asunto?

—Yo no sé si tengo sensibilidad hispánica. Pero como me he atrevido recientemente a definir lo que el "genio de España" signifique, quizá pudiera dar mi opinión.

—O sea...

—Que el Catolicismo español—Genio de Cristo—es la confluencia de Oriente y Occidente. De Autoridad y Libertad. Todo el catolicismo es una constante lucha entre estos dos "genios" históricos. No ya en Cervantes, sino en San Agustín, en Santo Tomás, en todo índice supremo del catolicismo. ¿Qué es San Pablo? ¿No vino de Oriente (Jerusalén), pasando por Occidente (Atenas), para instalarse en "Roma"?

—"Roma" es eso y no más que eso: "agonía", lucha, como diría Unamuno.

En el catolicismo hay momentos que el Genio de Occidente (la Libertad) pesa más, y surgen las herejías. Otras, en que la Autoridad se hace más implacable, y surgen las Contrarreformas y las hogueras. Cervantes fué un "cristiano agónico ejemplar". Su época fué el cruce de "herejía" y "contrarreforma". Por eso su genio, fundamentalmente español, "cristiano", supo novelar ese drama eterno y sublime. Castro es el erasmista; Cervantes, el cristiano. Castro es el que goza inefablemente cuando sorprende a Sigüenza llamando "mula a la Teología". Y cuando ve que a los frailes se les denomina "asnos de Arcadia o de Antronia". O "ptochotyranos", mendigos despóticos... Cervantes sonreía, maliciaba; pero después reaccionaba. Cervantes sabía "luchar" como español. Castro sabe luchar como volteriano. Por eso: cuando la Europa volteriana, fracasada cada día un poco, comienza a volverse, de nuevo, hacia la luz eterna y sacra de Roma, Castro se siente desorbitado. Por eso, cuando esta Europa se atreve a reverenciar a Cervantes, como intérprete genial del genio de España, Castro siente desvanecerse la sombra de su luz, su "luz del alma", sus fundamentos erasmistas.

—Me parece prudente no continuar esta argumentación, amigo Giménez Caballero.

—¿Por qué? Ahora no es como en los tiempos de fray Luis. Ahora las partes no oyen. No hay Inquisición. Ahora hay Libertad.

—Por si acaso. Aun cuando las cosas están con la Libertad, no olvidemos aquello de que en España "tout le monde était inquisiteur par tempérament ou par fonetion". La Libertad siempre fué cosa peligrosa en España, como ya lo dijo el buen fray Felipe de Meneses: "¡Libertad! Esta, por la bondad de Dios, no la hay en España". Desconfiemos también nosotros de esa "sombra" misteriosa de Américo Castro. Es lo prudente. Y no digo "lo científico" porque lo "científico" es muy peligroso, muy peligroso, cuando "lo inquisitorial" en España ha desaparecido de la superficie.

E. Giménez Caballero

Digamos también algo de México

= *Envío del autor*. Cartago, C. R. Octubre del 32 =

El discurso, conferencia, oración lírica o lo que sea, de nuestro amigo Rogelio Sotela una de estas noches por el radio nos mueve a decir algo también sobre México. Nosotros también hemos estado allá y aprendido a amar a México. Nos falta, sin embargo, la fuerza lírica de Sotela y quizás nos sobre un poco de acuciosidad crítica. Así pues, si lo que vamos a decir de aquel país resulta, como seguramente resultará, flojo y desmayado en comparación con lo que él ha dicho, no se atribuya a desamor. Estamos formados de distinto modo al de que están hechos los poetas; nos refrenan el entusiasmo modalidades de espíritu orientadas por otro lado, y una multitud de reservas intelectuales, reticencias y distingos nos impiden el vuelo. Por más que tratemos no nos remontamos nunca muy arriba de la realidad.

Mucho queremos aquella tierra. México, en el orden de nuestros afectos, viene inmediatamente después de España, el país extranjero, si tal puede llamarse, que más amamos. El tiempo que estuvimos en México lo dedicamos a estudiarlo, a conocerlo lo más posible. El poco dinero que sobraba a nuestras necesidades lo empleábamos en comprar en aquellas sus inolvidables librerías de viejo del Seminario, Santo Domingo y la calle del Reloj, libros raros que tratan de cosas mexicanas, con los cuales entretenemos ahora la nostalgia y mantenemos encendida la llama del fervor por aquel país. Casi no quedó ciudad ni pueblo de la mesa central que no visitáramos, casi no quedó rincón de la ilustre capital que no viéramos. No era la nuestra curiosidad de turista que se contenta con ver lo de más bulto y de más apariencia. A nosotros nos complacía también mirar las cosas que están a trasmano y que no figuran siquiera en guías de viajero: placitas humildes donde toman el sol, aquel divino sol de México, las gentes pobres; callejuelas empedradas, de nombres antiguos—Pescaditos, El Zapo, Vizcaínas, Misioneros, El Pensador Mexicano—; iglesias hechas con modestia, a veces con pobreza franciscana, pero con tan ingenua fe que es imposible mirarlas una vez sin que se le entren a uno en el corazón. Muchas horas se nos fueron a la sombra de estas destartaladas iglesitas que guardan las tradiciones más remotas de la Colonia, los viejos cultos de los conquistadores, encantados en la sencillez de sus fachadas o sorprendidos, cuando nos decidíamos a entrar, de algún precioso retablo o cuadro antiguo de los que por milagro ha perdonado la rapiña de los chamarileros. Ah!, que terrible saqueo el que han sufrido éstas y las otras iglesias, las mayores, las que pertenecían a los conventos suprimidos por la Reforma, a manos de anticuarios codiciosos! Habría para escribir un libro sobre esto, un libro que se llamara parecido a aquel de Barrés sobre La Grande Pitié des Eglises de France. ¡Cómo siente uno el alma lastimada de la codicia de los hombres cuando nota la falta en la hornacina primorosa de la talla dorada, o de la tela irreemplazable en el altar o en el vetusto muro! Duélele a uno la codicia del mercachifle y la ignorancia e incuria también de los que estaban llamados a conservar esos tesoros. La Reforma se explica, aunque no pueda justificarse enteramente, que diera ocasión a la pérdida de muchas obras de arte y de muchos libros pertenecientes a las bibliotecas de los conventos, que se sacaban, según nos decía alguna vez nuestro distinguido amigo don Victoriano Salado Alvarez, en carretones, sin cuidarse los que los llevaban de que no quedaran regadas por las calles raras y valiosas ediciones. Aquello se hizo de modo precipitado, violento, sin plan preconcebido, como suelen hacerse todas las cosas en esta América nuestra. Pero que en días de paz hayan desaparecido, no digamos brocados ni blandones, púlpitos y retablos enteros como los que en un tiempo adornaban el templo de San Agustín en Querétaro y que hoy deben estar quién sabe en qué museo de los Estados Unidos, esto sí que no tiene perdón de Dios. Nadie se preocupaba entonces de eso. Tampoco nosotros fuimos más celosos con lo poco que teníamos. Diga quien lo sepa dónde están los viejos altares del Cartago de antes del terremoto, si es que hay alquien que quiera saberlo entre esta gente tan contenta de haberlos reemplazado con modernas ramplonerías. Somos hombres sin sentido histórico, sin apego a la tradición, sin ánimo ni gana de conservar la memoria de nuestro pasado.

México perdió lastimosamente buena parte de su patrimonio artístico, aunque lo que le queda es bastante para pasar todavía por rico. Con decir que bajo Don Porfirio el afán de clérigos indoctos y de feligreses adinerados era sustituir con flamantes altares los prodigios barrocos que la Colonia había dejado y que iban tan bien con la arquitectura de las iglesias, el ambiente de la ciudad y hasta con la ideología de nuestro catolicismo español más que romano. Así se llenaron de adefesios los más nobles y hermosos templos; así se edificaron mientras gobernaban aquellos científicos, sin otra ciencia que la de explotar al indio, grandes palacios estilo versalles-

co a lo largo del Paseo de la Reforma, ese intento megalómano de remedar grandezas parisinas, abortado como por obra de la justicia de Dios; así se levantó un enorme teatro de mármol que en un clima diferente estaría bien, pero que allá bajo tal derroche de sol ciega la vista a punto de no poder vérsele de día. Así también se erigió ese monumento que tanto entusiasma a Sotela y que los choferes de México llaman El Angel, por el genio que suena la trompeta (tomen nota los lectores de la novedad del símbolo) arriba, sobre una columna romana, a cuyo pie aparece como avergonzado del anacronismo el Padre Hidalgo y demás héroes de la Independencia. ¡Qué decir de un monumento que para conmemorar la individuación de México como país independiente no ofrece un rasgo propio de él, un rasgo que diga algo al alma de las peculiaridades de su suelo y de sus hombres! Así fué como se honró también al indio Juárez vistiéndole la toga romana y sentándole en un hemiciclo de mármol que los "peladitos" mexicanos, maestros en calificaciones agudas y apelativos pintorescos, llaman La Peineta.

Por suerte esta racha de ramplonería y de imitación simiesca de lo europeo, especialmente de lo francés, ha pasado definitivamente. Hoy los mexicanos no piden inspiración a los extraños para hacerse sus casas, teniendo como tienen patrones hasta para escoger en su arquitectura azteca o colonial. Ellos se han descubierto por fin a sí mismos y en esto, en escultura, pintura, música, poesía, esán hoy cultivando lo propio en lugar de andar remedando lo ajeno. Claro es que en este camino no todo lo que hacen son aciertos y maravillas. Al lado de la obra genial de un Diego Rivera o de un Ruiz, no falta el alarde encubridor de flaqueza o la exageración con que se quiere disimular la falta de verdadera originalidad. En los barrios nuevos tampoco sería difícil señalar más de una construcción hecha sin otra mira que la de sorprender y de hacer ostentación del dinero recién habido; pero muchas son las casas en cambio que dan una sensación de belleza a la vez que de comodidad con sus terrazas a la manera azteca, abiertas al sol, al Dios espléndido a quien adoraba y sacrificaba el indio, y con su mobiliario y sus adornos de fábrica nacional en vez del bric-a-brac que decoraba las antiguas moradas porfirianas.

México, escribíamos no hace mucho de allá a un estimado amigo de aquí, ha reaccionado valientemente contra la manía europeizante, y logrado entrar en plena posesión de sí mismo. ¡Qué lejanos parecen los días de don Porfirio, cuando si se iba a construir un teatro había de ser de mármol de Carrara, traído a gran costo, aunque aquí abundase el tezontle, esa linda piedra volcánica de suave tono rojizo que atempera la demasiada luz de este ambiente, y es una delicia para la vista! Entonces nadie hacía caso de este material de construcción que había servido a los conquistadores para hacerse sus palacios, y se prefería el mármol, aunque deslumbrara los ojos, o quizá por eso mismo.

El estilo de edificios públicos y privados había de ser también europeo, y los muebles Imperio o Louis XV, y los jarrones de Sévres, amén de panoplias, armaduras, etc. ¿Quién que se respetara un poco iba a poner mientes en los lindos azulejos de Puebla, en los trabajos de laca de Michoacán, en los cofres preciosos de Olinalá, en la vistosa alfarería de Oaxaca? Hoy los productos de las industrias nativas son estimados y el mexicano adorna y amuebla su casa con ellos.

Sin embargo, a fuer de verídicos, agreguemos ahora que en el México viejo,—en ese México viejo cuyas piedras rezuman leyenda y del cual Sotela no nos dijo una palabra durante la hora y media que duró su discurso para dedicarlo todo entero al elogio de las cosas nuevas que vió, sin omitir ninguna, ni siquiera la fuente de Don Quijote en Chapultepec, hecha con azulejos de lo peorcito en un país donde los hay excelentes;—en ese México viejo que es a mi modo de ver la parte más interesante y hermosa de la ciudad, se ha cometido y sigue cometiéndose en nombre del progreso moderno más de un desafuero artístico. Se derriban casonas hidalgas, lindas esquinas en que sonreían desde sus nichos vírgenes de piedra labradas por el imaginero colonial para erigir en su lugar construcciones flamantes de aspecto chicaguano o neoyorquino. Hay fiebre de derribos, deseo de modernizarlo todo, aunque lo moderno resulte ramplón y contribuya a vulgarizar la ciudad, a quitarle su carácter propio, a bastardearla y a convertirla en una de tantas ciudades yanquis. Allá como aquí todavía hay quienes desestiman lo viejo nada más que por ser viejo, y piensan que lo nuevo ha de aceptarse nada más que por ser nuevo; ediles ignorantes de su historia, cuando no movidos de prejuicios y odio contra España de cuya obra magnífica no quieren acordarse más que para repetir anécdotas de la crueldad española (esas sobajadas anécdotas que dieron motivo, ¡oh fuerza del lugar común!, a uno de los tantos raptos líricos de Sotela, cuando las vió representadas en el pedestal de la estatua de Cuauhtemoc), que ven hasta con gusto que la ciudad vaya perdiendo su fisonomía verdadera y agringándose. No es creíble que nuestro viajero ilusionado no se diera cuenta de esto, por más rápido que haya pasado en el automóvil de esos admirables generales mexicanos y por más entretenido que fuera en su interesante conversación. No es creíble tampoco que un hombre de la cultura y sensibilidad de Sotela no lo resienta. Si lo calla es porque Sotela es diplomático, aun cuando anda de turista, y poco amigo de decir cosas desagradables; al revés de nosotros que no sabemos callarlas ni siquiera cuando hemos andado, por humorada del destino, haciendo el papel de diplomático o de paseante en corte que es lo mismo. Y por si alguno dudare, vamos a permitirnos publicar para concluir y para prueba de nuestro aserto la carta que estando allá en México dirigimos al Presidente de la Sociedad de Geografía y Estadística en ocasión de uno de estos derribos de que hablamos:

México, 31 de octubre de 1932.

Sr. don Jesús Galindo y Villa,

Presente.

Muy señor mío:

Permítame usted que lo felicite por su brillante artículo en defensa del Panteón de San Fernando. Poco vale, lo sé, la aprobación de un desconocido sin más título para inmiscuirse en estas cosas que su interés y amor por esta ciudad de México que usted ha descrito e historiado de mano maestra; pero así y todo no quiero callármela, pues pienso que su empeño por salvar de la destrucción a ese pintoresco rinconcito donde duermen el bien ganado descanso hombres que hicieron y ayudaron a hacer Patria, debe merecer el beneplácito de todos los que creemos que el sentimiento de nacionalidad no se funda ni se consolida solamente consumiendo artículos nacionales.

Bueno es que seamos progresistas y modernos, todo lo modernos que se pueda ser, pero no que, a pretexto de progreso y modernidad, menospreciemos valores de orden moral que cuentan tanto en la formación de los países como los otros, los cotizables en bolsas y mercados. Respétese la tumba del prócer aunque no sea más que porque el prócer es también un producto nacional.

Tanto como alardeamos los latino americanos de idealismo, la verdad es que tenemos muy poco apego a nuestra tradición. Otros pueblos, con fama de prácticos, pueden darnos en esto lecciones provechosas. Para no ir muy lejos: ¿se le ha ocurrido a alguien en Nueva York proponer la destrucción del cementerio donde descansa entre

otros muertos ilustres Alejandro Hamilton, y donde Trinity Church levanta su aguja mística sobre el rumorío y ajetreo de Broadway y Wall Street, alegando la necesidad de descongestionar el tráfico que allí es enorme, o la ventaja de poner a rentar aquel espacio en vez de tenerlo improductivo, en el sitio del mundo donde vale más el terreno?

Nosotros padecemos, en cambio, la manía demoledora. Hasta hace poco, antes de darme la vuelta por España, yo la atribuía a nuestro espíritu anárquico y travieso de pueblos jóvenes; pero allá vi que pasaba lo mismo. La gran preocupación edilicia en toda la península es construir una calle ancha y derecha que se parezca lo más posible a la Gran Vía de Madrid, así tenga que sacrificarse lo típico y tradicional para sustituirlo con construciones generalmente de una fealdad inverosímil. Quizá la manía venga de más lejos, quizá sea una característica de la naturaleza humana. Recuerde usted sino el epigrama romano contra la familia papal responsable en los días del Renacimiento de los derribos de los grandes monumentos del Imperio: "Quod non fecerunt Barbari, fecerunt Barberini".

Sea lo que fuere, nuestros ediles harían bien en renunciar a su afán destructor, no sea que algún epigramista criollo, que no faltan por cierto en México, parodiando al latino, diga de ellos en lo futuro que sólo cedieron la palma en punto a destrucción a los terremotos, y esto por habernos tocado en suerte una tierra tan volcánica.

Bromas aparte, pienso que es hora de acudir a las voces que como la de usted ahora claman en defensa de nuestro pasado. Y digo nuestro, porque mi devoción a nuestra raza ignora en lo sustantivo y fundamental las denominaciones adjetivas o nacionalistas. Ahora en México, en España el año pasado, en mis andanzas por Centro América antes, en todas partes y siempre, he sentido este pasado nuestro como cosa mía en que buscar las raíces de mi espíritu. No hace mucho decíale a mi distinguido amigo Don Genaro Estrada, ese otro acucioso indagador de cosas coloniales, que conoce y ama a México tanto como usted, esto es, lo mismo que Montaigne decía amaba a París, "hasta en sus arrugas": que esta ciudad ha sido para mí una profunda revelación de mis orígenes espirituales.

Después de diez años vividos en una ciudad del Norte, de habla y cultura extrañas a las nuestras, necesitaba yo un chapuzón que me reintegrara a la tradición en que naciera, y aquí en este río de leyenda e historia remansado a la sombra de tanto lindo claustro, de tanta hermosa torre, de tanta casona señorial ,y de tanta cúpula dorada de sol y azulejos, me lo he dado, y bueno. Sobrándome como me sobra a veces el tiempo, pues que mi poca actitud social no basta a mantenerme ocupado en el oficio diplomático que me trajo a México por graciosa equivocación de mi Gobierno que no acabaré nunca de agradecerle, todavía es poco para callejear y curiosear a través de este México, como el alma del poeta, "muy antiguo y muy moderno". Helas!, de aquí me iré, probablemente sin haber dado el menor motivo de celos a los manes de Metternich, pero con mi conciencia indo-ibérica enriquecida y robustecida con el recuerdo de una cultura en que han contribuido el español fuerte y austero a la par que el indio suave y elegante, cuyo elogio aunque leído desde hace tiempo en Palafox, sólo ahora comprendo de verdad. A este indio blandilocuo, fino de maneras, enamorado del color y de la línea grácil, apegado a sus bellas y pacientes industrias, le he hecho lugar en mi espíritu al lado del conquistador y del fraile, tan mal entendidos y calumniados como él.

Ya puede usted darse cuenta de mi devoción a las cosas que constituyen la suya y de por qué apruebo con todo entusiasmo su esfuerzo por conservarle a México ese Panteón de San Fernando que guarda los restos de los adalides de la Reforma y que ayuda, con otros monumentos de su pasado, a darle el aire y el tono de gran ciudad colonial.

Ruégole, pues, aceptar mis felicitaciones y considerarme su admirador y amigo,

Mario Sancho

Cad'uno es cad'uno

= *Envío del autor* =

—Est'es mi rancho, dentre usté, aquí s'acomoda.

Era ya casi la noche.

El hombre encendió una vela de cebo; entonces pude observarlo: un mestizo, tipo del costeño rancio, flemático por el clima demasiado tórrido. Su cara estába señalada por el látigo del medio día.

Nos sentamos a una mesa.

—¿Hace mucho tiempo vive usted aquí?

—Cincuaños.

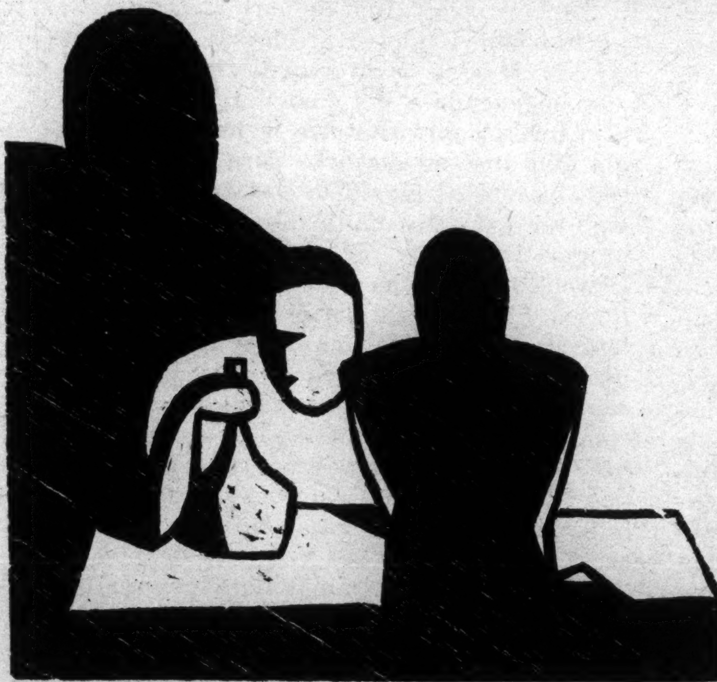
—Pero... ¿no tiene usted mujer?

El hombre se me quedó viendo huraño y desconfiado; luego bajó la cabeza.

—Tenía una,... ¡se murió!... No quiero tener otra.

En un rincón había una garrafa; el hombre la subió a la mesa.

—Es guaro'e charral.



Madera de *Carlos M. Salazar H.*

Bebimos un trago. Después sólo él seguía bebiendo.

—¡Se murió!... No quiero tener otra.

Entonces empezó a hablar, más bien que relatando, recordando en voz alta:

—Se murió, v'aser dos años; ¿a ver?... ¡Sí!; dos años. No era buena Manuela. Yo estaba encariñao con ella. Pa que jué tonta, ¡m'alegro que s'aiga muerto!...

El hombre seguía bebiendo.

—Un día juí a Chomes a mercar una mula pir Orotina a vender peje; estube ocho días ajuera; cuando volví, Manuela er'otra. Yu y ella nos habiamos llevao siempre muy bien. Yo estaba encariñao con ella. Pos juí un día y le digo:

—A bos te pasa algo, Manuela, sos otra; ¿Qué tenés? desime; ¿Qué t'apasao?

El hombre bebió otro trago.

Por las grietas del rancho entraba la fosforescencia del mar; ahora estaba de vaciante, sosegado, quejumbroso apenas. Oíase lejano el chapoteo de una lancha en el desaguadero del Tárcoles, y el monótono croar de un sapo.

—No tengo nada hombré, ¡dejame!

—Mirá, Manuela, no sias así, bos has cambiao mucho. T'as hech'otra.

—Pos... Cad'uno es cad'uno.

—A yo mentró com'una cólera, pero pa'evitar me quedé callao.

Sobre la mesa chisporroteaba la vela, haciendo una estalactita de cebo.

El hombre llenó su jarro.

—Pos un día l'allé platicando con Juan Lobo. Juan Lobo es un hombre que vivía a mediora de aquí. Ya se jué, quinsabe paonde. En la noche d'ese mismo día, había una tempestá; el mar estaba picao y relampaguiaba con tormenta. Yo salí a meter la mula que había arrancao a juir ai pa dentro; cuando volví, m'allé a Manuela alistand'un motete.

—¿Idiay?... Manuela, ¿qu'es eso? Yo m'acordé qu'ese día la vide platicando con Juan Lobo, y se me puso que habían andao en enredos mientras yo andaba en Chomes.

—¡Mirá, sinvergüensa, bos te vas ir a juntar con ese hombre!—Pos vá la maldita y se m'encara y me dice:

—¡Sí, vuir a juntame con él, me gusta más que bos, cad' uno es cad'uno.

—Está bien,—le ije—¡Andate ya! ¡Pero ya! ¡Si es que podés llegar!...—Ella salió pa juera.

Los ojos del mestizo irradiaban, y bebía, bebía sin lograr emborracharse, y oprimía con su manaza el cuello de la garrafa como si quisiera estrangularla.

En la pared, colgado de un clavo, había un rifle de grueso calibre.

—Cad'uno es cad'uno, roncó el mestizo; y después de una pausa:

—¿Le ije a usté qu'esa noche había tormenta?

El hombre tapó con el corcho la garrafa.

—Pos,... ¡la mat'un rayo!

San José, C. R.

Carlos M. Salazar H.

El tipo del indio americano

= De *El Tiempo*. Bogotá =

LA VERGUENZA DEL MESTIZO

Una de las razones que dictan la repugnancia criolla a confesar el indio en nuestra sangre, uno de los orígenes de nuestro miedo de decirnos lealmente mestizos, es la llamada "fealdad del indio". Se la tiene como verdad sin vuelta, se la ha aceptado como tres y dos son cinco. Corre parejas con las otras frases en plomada: "El indio es perezoso" y "el indio es malo".

Cuando los profesores de ciencias naturales enseñan los órdenes o las familias, y cuando los de dibujo hacen copiar las bestiecitas a los niños, parten del concepto racional de la diferencia, que viene a ser el mismo aplicable a las razas humanas: el molusco no tiene la manera de belleza del pez; el pez luce una sacada de otros elementos que el reptil y el reptil señorea una hermosura radicalmente opuesta a la del ave, etc., etc.

Debía haberse enseñado a los niños nuestros la belleza diferenciada y también opuesta de las razas. El ojo largo y estrecho consigue ser bello en el mongol, en tanto que en el caucásico envilece un poco el rostro; el color amarillento, que va de la paja a la badana, acentúa la delicadeza de la cara china, mientras que en la europea dice no más que cierta miseria sanguínea; el cabello crespo que en el caucásico es una especie de corona gloriosa de la cabeza, en el mestizo se hace sospechoso de mulataje y le preferimos la mecha aplastada del indio.

En vez de educarle de esta manera al niño nuestro el mirar y el interpretar, nuestros maestros renegados les han enseñado un tipo único de belleza, el caucásico, fuera del cual no hay apelación, una belleza fijada para los siglos por la raza griega a través de Fidias.

En cada atributo de la hermosura que nos enseñan, nos dan exactamente el repudio de un rasgo nuestro; en cada sumando de la gracia que nos hacen alabar nos sugieren la vergüenza de una condición de nuestros huesos o de nuestra piel. Así se forman hombres y mujeres con asco de su propia envoltura corporal; así se suministra la sensación de inferioridad de la cual se envenena invisiblemente nuestra raza, y así se vuelve viles a nuestras gentes sugiriéndoles que la huída hacia el otro tipo es su única salvación.

LA BELLEZA DEL INDIO

El indio es feo dentro de su tipo en la misma relación en que lo es el europeo común dentro del suyo.

Imaginemos una Venus maya, o mejor imaginemos el tipo del caballero Aguila del Museo de México como el de un Apolo tolteca, que eso es. Pongamos ahora mejilla contra mejilla con él a los hombres de la meseta de Anahuac. Cumplamos prueba idéntica con el Apolo del Belvedere del Louvre y alleguémosles a los franceses actuales que



Arte chorotega (Museo Nacional)
Madera de *Laporte*

se creen sus herederos legítimos. Las cifras de los sub-Apolos y las de los sub-caballeros águilas serán iguales; tan poco frecuente es la belleza cabal en cualquier raza.

Alguno alegará que la comparación está viciada porque el punto de arranque son dos rostros sin paridad: uno redondamente perfecto y otro de discutible perfección. No hay tal; ambos enseñorean en el mismo filo absoluto de la belleza viril. Se dirá que a pesar de esta prueba un poco estadística las dos razas producen una impresión de conjunto bastante diversa: la francesa regala el ojo y la azteca lo disgusta. La ilusión de ventaja la pone solamente el color; oscurézcase un poco en la imaginación ese blanco sonrosado y entonces se verá la verdad de las dos cabezas, que aquí como en muchas cosas, la línea domina la coloración.

Me leía yo sonriendo una geografía francesa en el capítulo sobre las razas. La descripción de la blanca correspondía a una especie de dictado que hubiese hecho el mismo Fidias sobre su Júpiter: naríz que baja recta de la frente a su remate, ojos noblemente espaciosos, boca mediana y de labios delicados, cabello en rizos grandes: Júpiter, padre de los dioses. Yo me acordaba de la naricilla remangada, tantas veces japonesa, que me encuentro todos los días, de las bocas grandes y vulgares, de los cabellos flojos que hacen gastar tanta electricidad para su ondulación y de la talla mediocre del francés común.

EL FALSO TIPO DE FIDIAS

Se sabe cómo trabajaba Fidias: cogió unos cuantos rasgos, los mejores éxitos de la carne griega—aquí una frente ejemplar, allá un mentón sólido y fino, más allá un aire noble, atribuíble al dios—unió estas líneas realistas con líneas enteramente intelectuales, y como lo inventado fué más que lo copiado de veras, el llamado tipo griego que aceptamos fué en su origen una especie de modelo del género humano, de super-Adán posible dentro de la raza caucásica, pero en ningún caso realizado ni por griego ni por romano.

El procedimiento puede llamarse magistral. El hombre de Fidias, puro intento de escultura de los dioses y proyecto de la configuración del rostro humano futuro, pasaría a ser, por la vanidad de la raza blanca, el verídico hombre europeo.

Pienso en el resultado probable del método si aplicásemos la magna receta a nuestras razas aborígenes. El escultor de buena voluntad, reuniendo no más de cien ejemplares indios podría sacar las facciones y las cualidades que se van a enumerar "grosso modo".

El indio piel roja nos prestaría su gran talla, su cuerpo magníficamente lanzado de rey cazador o de rey soldado sin ningún atolladero de grasa en vientre ni espaldas, musculado dentro de una gran esbeltez del pie a la frente. Los mayas proporcionarían su cráneo extraño, no hallado en otra parte, que es ancho contenedor de una frente desatada en una banda pálida y casi blanca que va de la sien a la sien; entregarían unos maxilares fortísimos y sin brutalidad que lo mismo pudiesen ser los de Mussolini—"quijadas de mascador de hierro".—El indio quechua ofrecería para templar la acometividad del cráneo sus ojos dulces por excelencia, salidos de una raza cuya historia de mil años da más regusto de leche que de sangre. Esos ojos miran a través de una especie de óleo negro, de espejo embetunado con siete óleos de bondad y de paciencia humana, y muestran unas timideces conmovidas y conmovedoras de venado criollo, advirtiendo que la dulzura de este ojo negro no es banal como la del ojo azul del caucásico sino profunda, como cavada del seno a la cuenca. Corre de la nariz a la sien este ojo quechua, parecido a una gruesa gota vertida en lámina inclinada, y lo festonea una ceja bella como la árabe, más larga aún y que engaña aumentando mañosamente la longitud de la pupila.

Yo me sé muy bien que la nariz cuesta hallarla en un orden de fineza, porque generalmente bolivianos y colombianos la llevan de aletas gruesas y anchas; pero hay la otra, la del aguileño maya, muy sensible, según la raza sensual que gusta de los perfumes. La boca también anda demasiado espesa en algunos grupos inferiores de los bajíos, donde el cuerpo se aplasta con las atmósferas o se hincha en los barriales genésicos; pero al igual de la nariz prima de la árabe, se la encuentra de labios delgados como la hoja del maíz, de una delgadez cortada y cortadora que es de

Carta abierta a la colonia venezolana de Bogotá

= *Envío del autor.* San José, C. R., octubre de 1932 =

Compañeros:

He leído, reproducido por prensa centroamericana, el texto de la carta en que ustedes ofrecen sus servicios voluntarios a Colombia, en su posible guerra con Perú. Ese texto ha sido reproducido sin firmas. De ahí que innominadamente tenga que dirigirme a ustedes. Y si a pesar de esa circunstancia, comienzo llamándolos compañeros, es porque estoy seguro de que sólo militantes de la emigración política son los capaces, dentro de las colonias nuestras en el exterior, de cometer esas generosas equivocaciones. Los otros, los gomezolanos, la diplomacia galoneada y la tribu gris de descastados que merodea por pasillos de Legaciones, no son capaces de "comprometerse" tanto. Ellos actúan siempre guiados por el más pragmático y grosero de los utilitarismos. Quienes se avinieron con el despotismo dentro de Venezuela o lo sirven en el exterior, con cargos diplomáticos y de correveidiles, carecen de condiciones para arriesgar en ningún momento, ni ante ninguna circunstancia, su sabrosa comodidad. No temo, pues, caer en error al afirmar a priori, como lo hago, que son emigrados revolucionarios los espontáneos oferentes de sus personas al ejército de Colombia.

Generosa equivocación dije arriba, compañeros, al calificar el gesto de ustedes. Voy a razonar ese concepto. Voy a intentar demostrarles el por qué de mi juicio. Cuento con la seguridad de que cuantos me conozcan de entre ustedes, a través de mi vida y mi actuación, saben de la sinceridad profunda de mis actos y del gran sentido de responsabilidad que pongo en mis actitudes.

Invocan ustedes el recuerdo de la Gran Colombia. Hacen alusión a la batalla de Tarqui, en que Sucre comandando fuerzas gran colombianas derrotó a los soldados peruanos de Gamarra y La Mar. Apelan al recuerdo de Simón Bolívar y de los días en que guiados por su brazo pelearon unidos nuestros pueblos, contra la imposición peninsular. Y es con base en esta tradición, apuntalados en razones sentimentales, que ustedes se disponen a participar en la bufonada trágica, sin procurar antes penetrar hondo en la entraña de la cuestión suscitada entre los dos pueblos, sin detenerse a meditar si es justa y lógica la guerra en gestación. Con ojos de 1828 están analizando ustedes un problema de 1932. Analizando no: rasguñándole la superficie. Y como la superficie es atrayente, decorativa, brillante, se quedaron en ella, sin querer entrarse al fondo mismo del problema. Eso procuraré hacer yo ahora. Entrémonos juntos, sin reservas mentales, con la fría decisión del cirujano cuando diseca vísceras, dentro del incidente de Leticia. Creo que con algún asombro van a ver ustedes los bajos fondos de esa histeria patriótica de Lima y Bogotá, la que llevó a Sánchez Cerro a renunciar de sus sueldos para comprar aviones y a Olaya Herrera a despojarse teatralmente de su anillo de boda, con destino a patrióticas suscripciones.

El origen del incidente de Leticia es diáfano. Sánchez Cerro, déspota del Perú, ha violado el tratado Salomón-Lozano para crear una tensión diplomática, que desvíe hacia la frontera oriental la tormenta que a él mismo se le está gestando dentro del país. O mejor: que ya lanzó con el levantamiento de Trujillo su primer gran rugido. Contaba el comandante de Arequipa, y más que él la astuta camarilla civilista, con capitalizar a su favor la repulsa del Perú por el tratado aludido, que según opinión predominante en gente de todos los sectores—como personalmente lo comprobé yo en mi viaje a Lima en 1930—fué el precio pagado por Leguía a Don Fabio Lozano por los rendidos elogios que le prodigó sin tasa. Lo del precio ni lo afirmo ni lo niego; lo de los elogios, si lo ratifico, porque con repugnancia leí varias de esas piezas de literatura apologética. Ahora bien, compañeros, ¿ignoraba el gobierno de Colombia el sentido de la maniobra cerrista? Sería candidez suponerlo. Los dirigentes del Estado colombiano están perfectamente enterados de la situación peruana, de los crímenes que en ese pueblo comete la alianza del sable con la truhanería civilista, de la vida oprimida y anhelante de libertades que se está viviendo en la nación vecina. Y sabiendo todo esto, poco trabajo les costaba inferir que el "gesto" de Leticia iba enderezado a la conquista de una adhesión popular, siquiera momentánea, hacia el gobierno. En este caso, la posición de la Cancillería de Bogotá ha debido ser una, una sola: la de desbaratar, mediante una serena actitud, la maniobra incubada en la Casa de Pizarro limeña. Colombia ha debido, en consecuencia, agotar la vía del arreglo arbitral antes de iniciar esa zarabanda patriotera que la ha puesto en irremediable ridículo; y cuando esa vía ya estuviera agotada, por tosudez de Lima, le quedaba todavía otra acción a la cual apelar antes de cualquier preparativo de guerra internacional: la de ayudar eficazmente, con fusiles y municiones, a la oposición de izquierda peruana, con la seguridad de que un gobierno verdaderamente popular asentado en ese país no objetaría ninguno de los tratados de límites. Demasiado trabajo tendría, al empeñarse en una honrada tarea de creación interna, para estar perdiendo el tiempo en disputar a los vecinos lejanos puertos en zonas inaccesibles o trozos de territorios en regiones inexploradas. Y no se me objete que Colombia, por consecuencia a ese manido concepto de la neutralidad, no debe suscitar guerras civiles en nación extranjera. Y no se me objete porque traeré aquí el recuerdo de expediciones de caudillos liberales colombianos, contra gobiernos conservadores, armadas de un todo por Venezuela, sin que, en la época, hallaran nada de objetable en esa actitud de mi país los actuales gobernantes de Colombia.

Mas, el gobierno de Olaya no podía proceder en esa forma tan recta, tan lógica, a que me he referido. Por el contrario, el señor Olaya, también fogueado por una fuerte oposición interna, vió en el incidente de Leticia una coyuntura para intentar la reconciliación con él de las masas, ya curadas de su primitivo fetichismo por ese mandatario. Vió una oportunidad para compactar el frente sagrado de la defensa nacional alrededor de su gobierno bamboleante, si no materialmente, sí en la conciencia de la masa mayor de la población colombiana. Mediaba, además, cierto acariciado proyecto de reelección que, al ser esbozado por altoparlantes suyos, suscitó agrias polémicas y puso a la gente a pensar que los prestigios del señor Olaya habían decrecido mucho. Para neutralizar la acción oposicionista, para echar una hábil redada electoral, el Presidente de Colombia recogió el reto lanzado por el otro; y ambos, por encima de la cabeza de sus pueblos, traicionando los intereses

El tipo del indio...

(*Viene de la página anterior*)

las más expresivas para la gracia maliciosa y los rictus del dolor. Suele caer hacia los lados esta boca india con el desdén que viven esas razas que se saben dignas como cualquiera otra por talentos y virtudes y que han sido "humilladas y ofendidas" infinitamente; caen los extremos de esas bocas con más melancolía que amargura, y se levantan bruscamente en la risa burlona, dando una sorpresa a los que creen al indio tumbado en una animalidad triste.

He querido proporcionar a los maestros de nuestros niños estos detalles rápidos para que intenten y para que logren arrancarles a éstos la vergüenza de su tipo mestizo, que consciente o inconscientemente les han dado. Pero este alegato por el cuerpo indio va a continuar otro día, porque es cosa larga de decir y asunto de más interés del que le damos.

Gabriela Mistral

Nápoles, junio de 1932.

de sus pueblos, comenzaron a mover las piezas para ese trágico juego de la guerra. Al primer llamado del clarín patriotero, surgieron como hongos, en Lima y Bogotá, los oradores de largas tiradas, los editorialistas del "suelo amenazado", los buenos burgueses que cicateramente aprietan los cordones de la bolsa cuando ven perecer de miseria a sus conciudadanos, pero, que liberalmente los aflojan cuando se trata de comprar armas para asesinar al "extranjero". Y todos, Presidentes de República y periodistas y comerciantes, vieron, de un primer vistazo, otra enorme utilidad en ese "negocio" de la guerra: la de abrirle desagüe a la combatividad de las masas empobrecidas, que ya había comenzado a polarizarse, con peligro de sus privilegios, hacia peligrosas actividades: la huelga, la organización sindical, la lucha revolucionaria y clasista.

En Lima y Bogotá, las gentes oficiales se desgañitan hablando de patriotismo. Tenía razón Ben Jonson. El patriotismo es el último refugio de los pícaros. Patriotas Sánchez Cerro y C°? Ellos, que asesinan en masa a sus propios conciudadanos, que no se atreven a impugnar ninguno de los contratos onerosos suscritos por Leguía con ingleses y con yanquis, que por su parte suscriben otros nuevos, que llaman a Kemmerer a organizarles las finanzas nacionales a la medida de los intereses de Seligman y socios! Patriotas Olaya Herrera y Cía.? Ellos, que han gobernado asesorados por abogados de la Standard Oil, que entregaron a la Gulf todo cuanto ésta quiso de la antigua concesión Barco, que pagan puntualmente los intereses y amortizaciones de la deuda exterior mientras mueren de miseria los trabajadores del país, que admiten como norma de conducta administrativa el criterio de los banqueros de Nueva York!

Intenten responderse, compañeros, las cuestiones que dejo planteadas. Esas respuestas los ayudarán a rectificar la actitud por ustedes adoptada. Actitud que los sitúa en posición de lealtad hacia la maniobra de dos gobiernos sin prestigio ni solvencia, y de deslealtad hacia los auténticos intereses populares de Colombia. Y yo estoy seguro de que es con Colombia con quien ustedes desean ser consecuentes, y no con Olaya Herrera y sus amigos, esos señores con rótulo liberal y procederes oportunistas, que desde la oposición nos prometieron siempre ayuda para arrasar con el despotismo venezolano, y que desde el gobierno nos negaron luego lo poco que pedíamos,—unos fusiles, algunos millares de cartuchos,—al mismo tiempo que enviaban la Cruz de Boyacá a la marioneta de turno en el Palacio Federal de Caracas y de que se enredaban en un idilio de notas diplomáticas y de zalemas repugnantes con la satrapía de más allá de Santander del Norte.

Y para ser leal a Colombia, a Colombia-pueblo, a Colombia-masa,— a la cual tan hondamente vinculados nos sentimos todos los venezolanos de la oposición,—es necesario decirle en estos momentos, arrostrando las iras patrioteras: **Mentira que el enemigo está más allá de las fronteras. Mentira que tu deber es irte a despedazar con los vecinos peruanos. Mentira que el decoro de Colombia esté en entredicho, porque los agentes provocadores de un déspota hayan ocupado el lejano puerto amazónico de Leticia. Mentira todo esto. Lo cierto, lo rigurosamente cierto, es que tus enemigos son los hipotecadores y traficantes de las reservas de riqueza nacionales, los que se benefician con tu situación permanente de miseria, los gamonales nativos y los imperialistas de fuera.**

Cierro ya esta carta. Mediten acerca de su contenido. Y si es que quedan convencidos de que el criterio aquí desarrollado es el justo y el razonable, rectifiquen posiciones. Den la espalda a cuantos por cálculo, inconsciencia o sexual fogosidad juvenil, están integrando batallones de voluntarios y legiones extranjeras; y márquense sitio dentro de las minorías pacifistas y revolucionarias, las que están siendo apedreadas y vituperadas por los mercachifles del patriotismo, las que están salvando también, en esta hora de desorientación colectiva, el concepto de la Colombia analítica y consciente.

Rómulo Betancourt

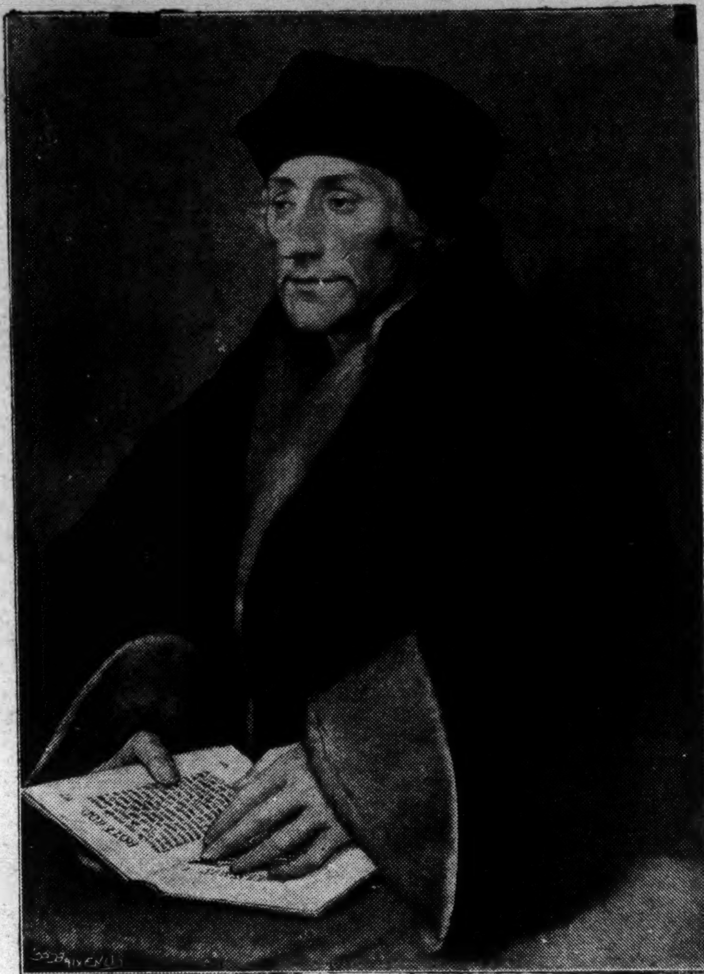
INDICE



9 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Erasmo

= De *Luz*. Madrid =



Erasmo Según *Holbein*

La implantación del divorcio en España da a Erasmo cierta actualidad. Américo Castro acaba de publicar también un primoroso opúsculo que lleva el título de "Erasmo en tiempo de Cervantes". Ya que hemos nombrado a Castro y a Miguel, añadamos que el mismo Américo ha dado a la estampa recientemente un exquisito "Cervantes" en que se resume—ya era hora—todo lo que de Miguel se sabe, tanto referente a su vida como a su pensar; el libro, que ha sido escrito en francés y publicado en París, debe ser puesto en castellano sin demora. Vamos a hacer, respecto de Desiderio, un experimento curioso. Los eruditos, cuando tratan un personaje, agotan la materia; estudian todos los libros referentes al caso; compulsan todas las monografías que sobre el autor estudiado se han escrito; ven lo que han opinado todos los críticos; sitúan con cuidado el personaje en el medio en que vivieron. En resolución, no dejan los eruditos e historiadores concienzudos de informarse con toda minuciosidad de la materia de que van a tratar. Pues nosotros, pobres periodistas, sin tiempo para nada, sin vagar para la amena y sabia erudición, vamos a hacer todo lo contrario: con un mínimum de información, hablaremos del buen Desiderio. Nuestra información estará tan sólo basada en un viejo diccionario biográfico—el de Ladvocat, París, 1760 —y en un libro de Erasmo. Manos a la obra. Y el lector que esté avisado y no reclame luego; sin querer, con la mejor buena fe, podemos llenar estas líneas de inexactitudes: o dicho para que no lo entienda la gente, de antilogías y paracronismos.

Desiderio nació en 1467; murió en 1536. Vivió, por lo tanto, sesenta y ocho años. Su vida fué bien aprovechada. Siendo niño desempeñó el importante cargo de monaguillo en una catedral, en la de Utrecht; si Desiderio hubiera vivido en estos tiempos, lo imaginaríamos traveseando por las naves de la catedral de León, o la de Burgos, o la de Toledo. Siendo niño, ya Desiderio sentiría la pasión de la lectura; algún canónigo erudito le permitiría leer en su biblioteca. Hoy en Burgos, en León o en Toledo, Desiderio habría leído, a los ocho años, un tomo de la "Historia", de Mariana; otro de la "España Sagrada", de Flórez, y seguramente el primer volumen de la monumental "Historia de la Iglesia española", de nuestro gran historiador Zacarías García-Villada. Estudió mucho Erasmo; no se cansó nunca de leer. Un hecho capital domina la vida del maestro: su salud era precaria; estuvo enfermo casi toda su vida. Y esta circunstancia nos hace meditar. Erasmo era chico de cuerpo y tenía los ojos azules. Con sus ojitos azules, maliciosos, relumbrantes, le vemos en casa de un canónigo, calladito, quieto, inclinado sobre una mesa, teniendo entre los codos, hincados en el tablero, un grueso volumen. El estado perpetuo de enfermedad en que se encontraba Desiderio decidió de toda su vida. No es lo mismo estar sano y ser un hombre robusto que padecer continuos achaques y verse obligado a multitud de precauciones y requisitos para no empeorar. La debilidad corporal lleva nuestra existencia por caminos que no sospechábamos. El libro de Erasmo que nos sirve para esta fantasía es el titulado "El matrimonio cristiano o Tratado en el cual se enseña a los que van a contraer matrimonio, o lo han contraído ya, las reglas que deben seguir con el fin de conducirse de un modo cristiano". La actualidad de Erasmo, como decíamos al principio, es evidente. Si repasamos las páginas, sutiles y humanas, de este libro, veremos que todo Erasmo está reflejado en ellas; el estado de salud precaria de Desiderio tal vez ha influído en la modalidad de este libro, como en la modalidad de toda la obra erasmiana. Cuando se está enfermo se tienen muchas desventajas; no es preciso decirlo; la enfermedad es dolor y flaqueza. Pero algunas ventajas han de tener los pobres enfermos; de algún modo han de ver compensados sus dolores y sus debilidades. Y las ventajas son que vemos matices de las cosas que no ven los demás mortales, y que gozamos de la acción como los demás mortales no gozan. Imaginamos a Desiderio sin poder hacer muchas cosas que los demás hacen; la vida férvida y tumultuosa de la acción, él no la puede llevar; la política no la podría seguir. Político Desiderio, su política sería una sabia, discreta, luminosa dirección para los que andan por el mundo y se expanden en acciones.

Reducidos a un ámbito estrecho de acción, el enfermo percibe en su reducido círculo de realidad variantes, cambios, tonalidades que de otro modo no se percibirían. Si no tenemos energía bastante para actuar en la vida como los demás actúan, pondremos sumo cuidado en que la poca energía que tenemos sea empleada con el máximum de eficiencia y de productividad. No nos prodigaremos en gestos y en discursos vanos; lo que tengamos que hacer, lo haremos lentamente, con cuidado, pensándolo mucho. Y este adueñamiento constante de nuestra persona nos dará, enfermos y pobres de fuerzas como estamos, una energía, una fuerza, un impulso creador que los demás no poseen. Desiderio, enfermo a lo largo de toda su vida, sin energías, sin fuerzas físicas, ha de abominar, instintivamente, de los espectáculos de fuerza y de los hombres que se consagran al culto de la fuerza.

Notoria es la ojeriza de Desiderio contra la guerra. Su odio a la guerra y su inquina contra los militares es evidente. Aquí, en este mismo libro del "Matrimonio cristiano", una de las primeras cosas que hace es aconsejar a las jóvenes que no se casen con militares. Contra ellos tiene frases terribles que no queremos copiar. Nos falta tiempo para decir que los militares de hoy no son los de los tiempos de Erasmo; algo hay que adelantar todavía; debemos desear que el militar sea en el Estado, no un resorte dominador, sino una de tantas piezas engranadas con las demás. En tiempos de Erasmo el concepto de Patria no era lo que es al presente; era frecuente entonces que un militar pelease unas veces en favor de su Patria y otras en contra; Pedro Navarro, a quien tanto debe la ciencia militar, combatió en ocasiones por España contra sus enemigos, y otras por Francia contra España. Hay muchas cosas en el libro de que hablamos; utilizamos una traducción francesa de 1715. Finas son las observaciones que el autor hace sobre la educación infantil. "Preciso es—dice Erasmo—que nos acordemos siempre de que no debemos tratar duramente a los niños; hemos de lograr sobre ellos ascendiente; pero sin violencia. Hace falta algunas veces engañarles para hacerles creer que lo que vamos a enseñarles es una diversión". Así, jugando aparentemente, como si nos divirtiéramos en ameno esparcimiento, la lección será más eficaz. Todo lo fía a la persuasión y a la dulzura el buen Desiderio. "El ma-

(Pasa a la página 218)

Un poeta nativista uruguayo: Fernán Silva Valdés

= De *Lecturas Dominicales*. Bogotá, Domingo 21 de julio de 1929 =



Fernán Silva Valdés

Hay en las dos repúblicas rioplatenses una poderosísima tendencia nacionalista, que así en la novela y el teatro como en la lírica, lleva a buscar los temas propios. Y la corriente es tanto más interesante cuanto menos tiránica se manifiesta: Montiel Ballesteros escribe cuentos de sabor acremente indígena; Carlos Reyles escribe "El Embrujo de Sevilla". Y a nadie se excomulga.

El nativismo tiene en Fernán Silva Valdés el más alto de sus poetas. El no ha entrado a la corriente: la corriente ha entrado en él. La vocación lo arrastra en forma irresistible. Lo seducen todas las cosas del pueblo humilde y de la naturaleza salvaje tal como si él fuera un gaucho que anda a campo traviesa con su chiripá y sus boleadoras. Posee un oído musical muy experto, y ha hecho felicísimas adaptaciones de las formas poéticas a los aires de la pampa, por ejemplo, al aire de la vidala o vidalita, simple, de frase corta y muy breve en extensión; suele traer un estribillo o ritornelo.

Berta Singerman, la genial recitadora argentina, cuya voz es un milagro, nos dió a conocer en Chile "La muerte del chingolo" (Chingolo es una ave cantora del Sur).

La composición está hecha con un argumento hermosísimo, de esos que pueden ser referidos en prosa y no se desvanecen. Encontré—cuenta el autor—un chingolo enfermo. Estaba en el suelo, inmóvil; no podía volar. Lo tomé en mi mano, grande y ruda, lo acaricié. Como no tenía jaula, le eché en la guitarra, y se quedó quieto. A la media noche lo oímos cantar: bitibío-bío. Pero al otro día—pobre chingolito!—lo encontramos muerto.

La melancolía connatural de los pueblos indo-americanos encuentra en el Plata su modo de expresarse en el estribillo de los tristes y las vidalas, así como llega el ay! del lamento, muchas veces, a mezclarse con el tamboreo y huifa en que grita sus entusiasmos el chileno, el roto chileno, remoledor y zumbón.

Silva Valdés lleva su noble talento, tan audaz, tan caliente, tan flexible, hasta componer una vidalita con palabras, con todos los ritmos y acentos y expresiones, como lo hace un músico con las notas en el pentagrama.

Hay que tener algunos antecedentes, algunas informaciones técnicas, para que el extranjero pueda gozar en todo su sabor la poesía del gran cantor uruguayo.

En una reunión inolvidable que hubo en la Escuela de Declamación de Montevideo, Silva Valdés, sin moverse del asiento que ocupaba en la tertulia, ni hacer el menor movimiento de manos, ni de gesto, ni de modulación de la voz, nos dijo la vidalita del chingolo. Así pudimos apreciar, desnudamente, nítidamente, toda la fuerza, todo el encanto de aquella creación, una verdadera creación:

Pero al otro día,
—vidalitay—
lo encontramos muerto,
pobre chingolito
—vidalitay—
ay! vidalitay.

Y hoy mi guitarra
—vidalitay—
tiena una voz:
la del chingolito
—vidalitay—
que en ella murió.

Es incontestable que en la época actual, la forma poética tiende a libertarse cada vez más de las antiguas ligaduras, convencionales y artificiosas que dieron lugar a que maestros de tanta autoridad como Faguet, anunciasen su próxima desaparición. La poesía, sin embargo, es una cosa permanente y eterna.

Mientras la ciencia a descifrar no alcance
las fuentes de la vida;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras exista una mujer hermosa...
habrá poesía.

La composición contemporánea no se sujeta a un ritmo uniforme, a un compás isócrono, como un reloj. Tiende, siguiendo e interpretando la vida misma, a la variedad en el ritmo. Es una gran conquista, y es un grave peligro. En manos de los poetas auténticos, que tienen inspiración y tienen oído, además de la cultura indispensable, la forma métrica así liberada es un instrumento riquísimo y maravilloso, en donde cabe la Naturaleza toda y todas las voces y matices infinitos de nuestra vida interior. Y al revés, en manos de los que no poseen aquellos atributos, se convierte en una bagatela insignificante, que se confunde con la prosa, sin las cualidades de ésta. Tal sucede cuando se hace versolibrismo por seguir los mandatos de la moda.

El gran poeta uruguayo nada tiene que hacer con la moda. Hombre en los comienzos de la edad madura, de vasta inteligencia y de ideas generales—a la vez que dueño de un gran temperamento y una sensibilidad extraordinaria—se ha formado derroteros propios, ha encontrado puntos de vista originales, ha sentado doctrinas nuevas para su conciencia de uruguayo y de americano, y esos cánones sociales marcan rumbo a su literatura y a su estética.

Canto a los nuevos poetas de América

= De *La Nación*. Buenos Aires =

Nuevos poetas de América
salud!

Nuevos poetas de América;
de ojos reflectores y de manos maestras
en el barajar y en el distribuir
los naipes del paisaje.
Olímpicos atletas volteadores de records
en las canchas celestes;
atletas que realizan sus juegos
asombrando a las gentes
con sus gestos recién nacidos,
y sus palabras recién pintadas;
líricos jugadores del equipo
interplanetal;
cancheros del cielo,
discóbolos del sol.

Nuevos poetas de América
que viajan hacia todos los rumbos
llevando los ríos azules o rojos
envueltos al pescuezo como ponchos;
poetas que se peinan los cabellos
con el peine del bosque y del trigal;
y llevan arrolladas a la cintura
las lonjas del camino
como llevan los gauchos las boleadoras.
Poetas que lanzan sus cantos
teñidos de tiempo futuro
como los honderos sus piedras rosadas o moras
teñidas de eternidad.

Poetas de América,
enhiestos como estaciones radiotelegráficas,
que surten de sonoros colores
los oídos de las grandes ciudades;

(Pasa a la página siguiente)

Silva Valdés me ha dicho:

Se ha cantado mucho en nuestra América al español y al indio. Las proezas legendarias de los conquistadores, de un lado, y de otra parte, la tristeza, los plumajes, las flechas y las rucas—enmarcado todo eso por los ríos indómitos y las selvas agresivas—han sido tema abundoso para los escritores. En cambio, no se ha parado mientes en el tipo que constituye el puente entre el pasado y el porvenir, el tipo que encarna la redención de nuestros pueblos sudamericanos y que es el protoplasma de la raza futura: el gringo. El gringo, producto de la mezcla del sudamericano y el europeo, el hijo de los inmigrantes que nos traen nueva sangre, nuevos valores y nuevas ideas, apenas ha figurado hasta ahora en las estadísticas del puerto y, cuando más, en algunos sainetes divertidos con que los autores ligeros defienden su taquilla a costa del público de las grandes urbes, ávido de escenas y argumentos que lo hagan reír. El gringo es para mí el tema de una nueva inspiración, más noble, más hermosa que la antigua, y que obedece a las más grandes necesidades de la América.

De esa alta ideología ha sacado Silva Valdés, poemas de belleza sorprendente. De los que conocemos, el más sustantivo es el que publicó recientemente la prensa de Buenos Aires, y que lleva por título: "Mi nuevo amor":

Eres mi nuevo amor,
campo con campesinas de gesto alegre
que pagan un piropo
con dos asombradas monedas celestes

Eres mi nuevo amor, campo con hombres rubios
y con mujeres de otra laya,
en cuyos vientres se está mestizando
la carne y el espíritu de una futura raza.

Eres mi nuevo amor, campo con gentes nuevas,
que de una tierra pobre hacen un campo nuevo,
pues donde no hay aguadas para molinos
que también nos dan agua bienvenida del cielo.

Eres mi nuevo amor, campo con carreteras
donde pasa el jinete y el camión,
campo con grandes parvas redondas y doradas
que los hombres construyen a imagen del sol.

Campo con majadas sanas y rendidoras,
majadas de Merinos, Lincoln o Rambouillet;
campo con reses, pampas y con ganado Durham
que mataron el punto a los criollos de ayer.

Campo donde los hombres, sean de donde sean,
cobran la libertad que los hace mejor:
campo al que damos gringos y nos devuelve criollos:
eres mi nuevo amor
eres mi nuevo amor!

El pueblo uruguayo corresponde con creces al cariño y la comprensión del cantor nativo. En los talleres, en las escuelas, en las casas de familia, hasta los niños pequeños saben de memoria sus poesías. Nosotros conservamos especial y delicioso recuerdo de una visita a la "Escuela al aire libre" que dirige la señorita Selva Cortázar. Bajo los árboles, después de presenciar algunas clases, fuimos obsequiados con la recitación de un niño, casi un bebé, que nos dijo "El ombú", algo divino, al cual pertenece este trozo:

Sobre tus raíces grandes y atormentadas
—el sombrero en la nuca y al barbijo en el labio —
se sentaron los rudos guitarreros
de manos varoniles y musicales,
que hacían girar la rueda blanca y celeste
de los pericones nacionales.

Aurelio Martínez Mutis

Canto a los nuevos poetas...

(Viene de la página anterior)

yo creo, yo digo, yo grito,
que en el actual naufragio,
que en el gran irse a pique del arte imperdurable,
después de la tormenta arrasadora
unos cuantos de ustedes quedarán a flor de agua
flotando en el arco iris como en un salvavidas.

Nuevos poetas de América:
parientes de la tierra:
como son los ríos parientes del mar;
hijos de su propio paisaje
que a la vuelta del tiempo los recibe
abriendo los brazos tatuados de sus ríos.

Poetas de América
a quienes contempla la tierra
con los ojos inmensos de sus lagos;
la tierra materna que se pone de bruces
para que cabalguen—niños grandes—
sobre el lomo de las cordilleras;
la tierra americana,
que les abre la mano inmensa de la pampa
para que jueguen y canten—siempre niños—
como un trompo en la palma de una mano.

Nuevos poetas de mi América:
hijos pródigos que vuelven
al regazo caliente de su propio paisaje;
hombres que calcaron su sistema arterial
en el sistema arterial de los ríos;
de los ríos inmensos y azules,
tajos con que Dios
le puso a la tierra su marca de cielo.

Poetas de América
jugosos de bosque y de cielo y de alba:
salud!

Al venir las barras del día,
sobre los rosados tablones de la aurora,
a la salud de América tomemos una copa:
tomemos una estrella en caña,
o el lucero del alba en la chicha del sol!

Fernán Silva Valdés

Erasmo...

(Viene de la página 216)

trimonio cristiano" parece un libro escrito por Cervantes; aquí está el concepto que Cervantes tenía del matrimonio. ¿Habrá influído este libro de Erasmo en la obra cervantina? ¿Será éste el libro que más haya impresionado a Miguel?

Desiderio conoció y trató a muchos hombres eminentes de su tiempo; le querían reyes y magnates; buscaban su dulce conversación en todas partes de Europa; con muchos de estos hombres célebres correspondía Erasmo. "No hay nada más a propósito para conciliar a los hombres y establecer entre ellos la amistad—escribe el autor—que la conversación. La conversación ha reunido en las ciudades a los hombres que se hallaban dispersos como fieras; la conversación une las ciudades con las ciudades, las naciones con las naciones; la conversación diferencia a un rey de un tirano. El tirano hace violencia; el rey persuade. Pues el matrimonio es como una nación en que no debe haber ni la menor señal de tiranía; porque nada se debe hacer por la fuerza, sino por amistad y por persuasión". Todo Erasmo está sintentizado en estas bellas palabras. Ansiemos fervientemente que la concordia impere, tanto en la reducida sociedad de la familia como en la nación toda. Con la concordia, manteniendo a todo trance la concordia entre todas las regiones españolas, entre el nexo central—Estado español—y las regiones, vayamos decididos, sin mal para nadie, sin lesión para nadie, sin menoscabo de nadie, a una nueva y potente vida de España.

Azorín

Estampas

Chaplin defiende a su prole amenazada

= Colaboración directa =

Ha sido duro el rodar de Lázaro de Tormes. Quiere un modo diferente de vivir. Piensa en "tener descanso y ganar algo para la vejez". Ha tenido muchos amos y cada uno le ha dejado una enseñanza mortificante. De crueldad el ciego, de avaricia el clérigo, de fanfarronería el escudero, de desvergüenza el buldero. Para no tener más amos se casa Lázaro. O para tenerlos todos, porque la criada que el arcipreste le da por mujer resume fierezas que hacen decir un día a Lázaro: "mi mujer echó un día juramento sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros".

Se casa Lázaro de Tormes y no sabemos más de su vida. ¿Tuvo prole Lázaro? Esto quisiéramos saber para conocer cómo la educó, cómo usó las enseñanzas de su vida miserable y la filosofía de esas enseñanzas. Pero quedó Lázaro encallado en el casamiento y allí acabaron sus correrías.

En Lázaro pensamos cuando leemos el relato de la defensa que hace Chaplin de la educación de sus hijos. Lázaro y Chaplin se parecen. Este parecido lo adivinó Persiles viendo "Luces de la Ciudad". Y lo percibe al instante el que esté habituado a leer con deleite la vida de Lázaro. Chaplin es el Lázaro que lleva al celuloide una gran animación creadora. También se casó Chaplin, pero con un decoro que no tuvo Lázaro. Engendró dos hijos y una tragedia conyugal hizo que fuera la madre la que recibiera la guarda y custodia de los menores, como dice la jerga abogadil. La madre los ha educado con el dinero que el padre dió. Cuentan apenas seis y siete años de edad y por ser hijos de quien son la fama empieza a escalar el hogar de sus niños. La madre ha contratado a los niños para actores de varias cintas cinematográficas. Chaplin se entera y disputa a la madre ese derecho. Busca un juzgado y ante la justicia que allí se da, presenta su queja en una forma dramática.

Lázaro de Tormes hubiera ido a quejarse ante un alguacil si hubiera tenido que defender a su prole amenazada. Y se habría puesto dramático también. ¿Dejaría Lázaro que sus hijos vivieran los años de angustia que a él lo privaron de su niñez alegre? No, y de seguro habría evocado ante el alguacil sus padeceres, el día en que comenzó a servir y adiestrar a su amo el ciego y su madre le dió su bendición y dijo: "Hijo: ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto: válete por ti".

Por una niñez alegre para sus hijos está peleando Chaplin ante un juez. El la tuvo triste y tal vez mustia. Hace recuerdo de lo que fué su vida. No ve razón por la que sus hijos deban elegir profesión a una edad en que el discernimiento no ha aparecido aún. "Tuve que elegir la mía—dice al juez—cuando era un niño todavía, pero mis hijos no están en las mismas circunstancias. Hay que librarlos de la publicidad indebida. Esa publicidad podría darles un punto de vista anormal. Quiero que estos niños tengan un desarrollo normal. Tienen derecho a hacerlo y no veo por qué se les ha de impedir. Siento como padre que el aspecto espiritual es de suma importancia. Quiero que disfruten de su niñez. Quiero que corran y jueguen porque su felicidad significa mucho para mí".

No habría sido diferente Lázaro de Tormes querellándose ante el alguacil por la alegría de sus hijos. Viendo que existía el empeño de ponerlos en el camino miserable de perder las expansiones grandes de la niñez, habría clamado en igual tono. Lo pasado se vuelve espectral cuando ha sido ruina. Y se prolonga y envuelve el pensamiento del hombre hasta torturarlo. Tenga ese hombre que cuidar de otra vida y se le verá fiero luchando contra las amenazas desatadas. Un pasado sin alegrías, con tristezas infinitas, vuelve sombría el alma. Y también cruel. En naturalezas desgraciadas la crueldad se clava como ponzoña de secreción constante. No existe para estos mutilados seres a quienes ayudar. La desgracia debe extenderse igual sobre todas las vidas y saciarse allí hasta dejarlas vacilantes y sin defensa ninguna. Ellos padecieron y paladearon el zumo de muchas amarguras. ¿Por qué librar de esas experiencias a los demás? Que las tengan y las sufran. Y si es posible que se las procuren. El mundo no perdona a nadie el dolor. Ni siquiera a la gente menor. Por ésta razón no hay que ponerse a inventar modos de educar. Si crecen que lo hagan bajo las influencias del medio real y se defiendan solas.

Es funesta la vida que tiene un pasado que lo sigue como un espectro. En cambio aquella alma que acumuló sabiduría cuando las miserias iban y venían en todas las direcciones de su camino, ejerce una influencia educadora grande. Al pasado vuelve su pensamiento, pero es para encontrar en él salvación para el presente. Salvar el presente de la tragedia. Hacerlo constructivo. Darle la mayor dignidad para que no sea azote de vidas sino estímulo y alegría. En esta tarea de salvar el presente vemos a Chaplin. Lo quiere salvar para sus hijos, porque el pasado no lo sigue a él con saña de maldición. Lo evoca para decir que le hizo mustia la niñez, pero no lo llenó de crueldad. Y porque no es cruel busca cómo salvar a sus hijos de contrato que va a hacer de ellos actores. No hay crueldad en Chaplin, es decir, no hay indiferencia. La niñez de sus hijos no puede mancharse con actos que dejarán marca imborrable. Sentido grande de la vida.

Los educadores dirán si Chaplin ha acertado al afirmar que el teatro deformará el espíritu de sus hijos. A ellos corresponden las objeciones. A los que leemos el relato que hace el cómico genial, sin afanes de crítica pedagógica, sólo nos toca sentir la sutileza filosófica que él encierra. Hacemos el paralelo de Chaplin y Lázaro de Tormes, el Lazarillo sufrido y noble, porque en verdad existe una gran semejanza en esas vidas. Chaplin es un Lázaro que vive en el celuloide lo que el de Tormes vivió en una realidad de todos los días. Nos interesa el horror con que el cómico siente su pasado cuando ve a sus hijos expuestos a las artificiosidades del teatro. No quiere para ellos un presente opaco. Necesitan claridad, esto es, alegría inmensa iluminada por un poder creador. No tuvo él nada parecido. Pero lo tendrán los hijos.

Tragedia grande esta que vamos teniendo con nuestro pasado. Cuando precisa trabajar para que el presente sea constructivo y no destructivo el fantasma del pasado sale y quiere imponerse. Unos lo matan y pueden crecer, asegurarse una libertad grande que los deje dominar los poderes satánicos. Otros se vuelven ruina en las fauces de ese fantasma. Como ruinas desgraciadas los vemos moverse en el mundo que les toca vivir. Padecen una esclavitud que se refleja en lo menudo y en lo voluminoso de sus voluntades. No animan ninguna de las creaciones de su mente o de su espíritu. Las



Charlie Chaplin

miran precipitarse por el camino ruinoso y no les produce el suceso conmoción. Gente sin fe, o de poca fe que dice la expresión bíblica. El pasado los ata, los incapacita.

Chaplin siente como una maldición el hecho de querer otros que sus hijos mustien su niñez. Es decir, afirma que no es una vida vuelta ruina por su pasado. Nos parece digna de la reflexividad esa conducta de Chaplin. Enseña a salvar la propia obra de la miseria que está acechando. Con lo cual se aprende a vivir con el decoro necesario para no perder el puesto de persona que conquistamos al nacer. Salvar las creaciones propias de la ruina, empeñarse en que ningún torbellino por grande que sea nos arranque lo que debemos cuidar y hasta dar rumbo.

Hablamos sin el intento de dar consejos, sólo para expresar una reflexión, para sugerir quizá que se reflexione en aquello que nos ha hecho reflexionar. Si otros encuentran que en verdad Lázaro de Tormes y Chaplin tienen mucho de parecido y con ello se sienten estimulados a hacer el paralelo, habremos impulsado algo. Si alguno medita en la querella de Chaplin por salvar a sus hijos y aplica el suceso a su propia vida considerando que son hijos de ella sus obras, acechadas por infinitas calamidades, y batalla porque las fuerzas infernales no se las vuelvan ruina, ya habrá sido hacer también algo.

Juan del Camino

Costa Rica y octubre de 1932.

PERSIFLAGE

Introducción al estudio de Horacio

Poeta, juez de hombres

= Colaboración directa =

Al maestro don *Joseph Faja* con agradecimiento nada mudo, por su ayuda eficaz para que estos persiflages saliesen aseados de la imprenta y fáciles de leer.

Odi profanum vulgus, et arceo, dice Horacio en el primer verso de la primera estrofa del Tercer Libro de sus **Odas: Odio al profano vulgar y lo aparto de mí.** Pero el odio horaciano es más bien desprecio. El poeta supremo del odio—del odio de lo odioso y de los odiosos—es Dante. Horacio lo es del aborrecimiento de lo aborrecible y de los aborrecibles. Y así como el florentino antes de ascender a las gloriosas esferas del Paraíso crea Infierno y consigna en él a cuantos odiaba por odiosos, así Horacio, antes de darnos el cerúleo don de las **Odas,** se ocupa en dar castigo perdurable, en las **Sátiras** y en las **Epodas,** a todos a quienes por aborrecibles aborrecía. Me atrevería a decir que mejor que Virgilio hubiera sido Horacio para guía de Dante. Dante y Horacio tenían esto en común: Que conocían a los hombres y sabían medirlos y pesarlos y dictarles sentencia: Jueces tremendos ellos,—mientras que los mortales ordinarios juzgan egoístamente, conforme a temporales circunstancias, a conveniencias propias, a personales y efímeros criterios, prejuicios y pasiones,—estos dos, únicos entre todos los humanos, poseyeron el don del juicio perfecto, infalible, eterno: Y el sentido de justicia, instintivo en el hombre, se recrea de manera sublime al leerlos, al recordarlos, contemplando las penas que les impusieron a los malos. David constantemente pedía que le fuese concedido este goce—porque es goce—de ver a los perversos retorcerse en cruel condena.

Grande es el poeta que deleita, revelador de la hermosura del mundo y del encanto de la vida, amador que a la amada desviste en nupcias siempre nuevas; grande el que descubre los manantiales de lágrimas en el alma de las cosas y conmueve con ternura el corazón; grande el que desnuda el alma de los hombres y la muestra, terrible o bella, ciega o visionaria, mezquina o noble, para elevación de la conciencia; grande, en fin, el que conoce los tortuosos senderos del destino y nos arrastra a recorrerlos hasta que, como aquellas espectadoras de las **Euménides** de Esquilo que abortaron en pleno teatro, nos desmayamos de horror frente al espectáculo que se nos ofrece: Pero la más alta misión del poeta quizás sea la de juez: Si ciertamente él es, de todas Sus imágenes, la que más se asemeja al Creador, su judicatura será, de todas sus funciones, la más divina. Y no sin razón, por encima de los épicos y de los trágicos y de los líricos de todos los tiempos, la humanidad ha colocado al cetrino y severo poeta de **Florencia, juez de los hombres:** Y en ser juez de los hombres también, no menos tremendo, se parece a Dante el otro italiano. La grandeza de Horacio se manifiesta en que, a quienquiera que escojamos para compañía del Alighieri en cuanto a juez,—a Pope, por ejemplo, o a Voltaire, o al deán Swift, o a Pushkin, o a Juvenal mismo,—será su discípulo.

Horacio cierra el Segundo Libro de sus **Odas** con ésta, la **XXma.**, que le dedica a **Mecenas:**

Non usitata, non tenui ferar
Penna biformis perliquidum aethera
Vates: Neque in terris morabor
Longuis; invidiaque major

Urbes relinquam. Non ego pauperum
Sanguis parentum, non ego, quem vocas
Dilecte, Maecenas, obibo,
Nec Stygia cohibebor unda.

Jam jam residunt curribus asperae
Pelles; et album mutor in alitem
Superne; nascunturque leves
Per digitos humerosque plumae.

Jam Daedaleo notior Icaro
Visam gementis litora Bosphori
Syresque Gaetulas canorus
Ales Hyperboreosque campos.

Me Colchus, et, qui dissimulat metum
Marsae cohortis, Daucus, et ultimi
Noscent Geloni: Me peritus
Discet Iber, Rhodanique potor.

Absint inani funere naeniae,
Luctusque turpes et querimoniae;
Compesce clamorem, ac sepulcri
Mitte supervacuos honores.

EJERCICIO:

Vates, biformis, ferar, non
Yo el poeta, transformado, seré llevado, no
usitata non tenui penna, per liquidum
con usual ni tenue pluma, por el líquido
aethera; neque morabor longius in
éter; ni tampoco moraré más tiempo en
terris; majorque invidia relinquam
la tierra; y superior a la envidia dejaré
urbes. Non ego, sanguis pauperum
las ciudades. No yo, de sangre de pobres
parentum, non ego quem vocas dilecto,
padres, no yo a quien tú llamas caro
Maecenas, obibo, nec cohibebor
oh Mecenas, moriré jamás, ni seré confundido
unda Stygia.
por la onda estigia.

Jam, jam, asperae pelles residunt
Jam, jam, ásperos pellejos se ajustan
curribus, et mutor — in album alitem
a mis piernas, y cambio (me) en blanco cisne
superne, levesque plumae
en la parte superior, y leves plumas
nascuntur per digitos humerosque.
(me) nacen por los dedos y los hombros.

Jam — ales canorus notior
Ya (convertido en) ave canora más veloz
Icaro Daedaleo, visam litora gementis
que Icaro dedaliano, visitaré las costas del rugiente
Bosphori Syrtesquc Gaetulas, camposque
Bósforo y las Syrtes getulias, y los campos
Hyperboreos.
hiperbóreos.

Colchus et Dacus qui dissimulat
El de Cólquida y el Dacio que no demuestra
metum cohortis Marsae, et ultimi
miedo de los ejércitos de Marsa, y los remotísimos
Geloni me noscent: Peritus Iber me discet,
gelonios me conocerán: El sabio ibero me estudiará,
potorque Rhodani.
y el que bebe del Ródano.

Naeniae turpesque luctus et
Que los plantos y las torpes lamentaciones y
querimoniae absint inani funere
las quejas se alejen de mi baldío funeral;

compesce clamorem ac mitte supervacuos
suprimid todo clamor, y dejad los superfluos
honores sepulcri.
honores del sepulcro.

Es constante en Horacio esta reiteración de la conciencia que tenía de su inmortalidad como poeta, a pesar de su origen humilde con que sabemos que se le vejaba en Roma. Y es curioso pensar esto: Que así como Dante vive, más que en sus divinas voces de amor o que en sus gloriosos cantos celestiales, en los gemidos y alaridos y maldiciones de sus sempiternos condenados, así también Horacio, más quizás que por sus perfectas canciones tiernas y vivaces, perdura por aquellas sentencias breves y cortantes con que condena a los despreciables. Así se entiende cómo Menéndez Pelayo ha podido decir con toda propiedad que, en lo **moral,** Horacio supera a Fray Luis de León, sin concederle más al antiguo sobre el moderno.

Horacio condena a Fabio el charlatán; a Tanais el avaro; al suegro de Visellus, vápido y corrompido; a Fufidius el usurero, que vive temeroso de que se le crea botarata y disipado, hombre rico en tierras y en dinero puesto al interés del cinco por ciento mensual, y que, en proporción a la necesidad de sus víctimas, así las aprieta, y no sólo eso, sino que inquiere los nombres de los menores de edad, hijos de padres duros, y averigua cuándo han de llegar a estado de poder contratar con él. Horacio condena a Malthinus, porque viste afeminadamente y va arrastrando túnica demasiado larga para hombre cabal, y junto con él condena a uno, a quien no menciona, porque viste demasiado corto y aún se arremanga hasta enseñar obscenidades; y luego condena a Rufillus porque huele a pastilla perfumada y a Gorgonio porque apesta a chivo, y a Villius porque no ve diferencia entre pecar con adúltera o con esclavilla o con prostituta, y cuenta cómo salió cierta vez golpeado de puños y atacado a hierro y bien pateado en cuanto cierto Longarenus—el esposo, o el hijo de la señora—volvió de donde estaba ausente. Horacio condena a Tigellius, el cantor, que tiene la falta,—**vitium omnibus cantoribus**—de no querer cantar cuando entre amigos se le pide que cante, pero que, no solicitado, canta **ab ovo usque ad mala,** y el **Io Bacche** en todos los tonos. Horacio condena a Rusus, prestamista también, como Fufidius, a quien se odiaba y de quien se huía y que, una vez que atrapaba a su deudor, estiraba el pescuezo y se refocilaba oyéndole el triste cuento de excusa. Horacio condena a Crispinus, inepto y lagañoso; a Albius a quien el latón cautiva como a otros el oro o la plata: Símbolo, me parece, de los que viciosamente se enamoran de lo que no tiene valor. Horacio condena a los fieros Sulcius y Caprius que, como gacetilleros modernos a quienes llamamos periodistas, andaban por ahí e iban roncos de gritar sus malevolencias desaforadas. Condena a Natta, que mal olía del aceite que para untárselo les robaba a las lámparas: Símbolo, sin duda, de cuantos gastan en presumir filosofía u otros conocimientos el tiempo que debieran dedicarle al estudio de esas ciencias. Condena a Pantolabus el bufón, tipejo cara de pescuezo de zopilote, amigo de pelar los dientes cuando cuenta chiste y de reír su risa grosera: a Nomentanus el libertino; a Bolanus el parásito, ése que se nos pega en la calle, en un viaje o en cualquier acaso de la vida, y no tiene nada que hacer, o abandona lo que debía estar haciendo, para seguirnos, y no se nos despega, insistente en que es de los que saben y en contarnos sus habilidades artísticas: Nadie hace más versos que él; nadie canta mejor; nadie tiene mejor método para enseñar esto o aquello; nadie entiende más cuerdamente los asuntos de Estado. Un tal, cuenta Horacio, en la IXna. del Primer Libro de sus **Sátiras,** le salió al paso mientras el poeta vagaba por la Vía Sacra meditando en cosas sin mayor importancia. El sujeto se le pegó a Horacio como si fuese amigo, y por amigo suyo lo tomarían los transeuntes que los vieran, a pesar de que amistad ninguna existía entre ellos sino que sólo Dios sabe, dice Horacio, lo que cuesta quitarse de encima a esos que se nos hacen amigos por razón de cualquier encuentro circunstancial. Horacio apenas sabía el nombre de su carga. En la charla del abominable latoso por fin hubo, dice el poeta, **interpellandi locus: Lugar a interrumpirle** (versos 26-34):

—«Est tibi mater?—*le pregunta entonces,*
Cognati, queis te salvo est opus?»—«Haud mihi quisquam
Omnes composui»,—*responde el otro.*—
«Felices!—*exclama Horacio.*—Nunc ego resto:
Confice, namque instat fatum mihi triste, Sabella
Quod puero cecinit mota divina anus urna:
Hunc neque dira venena nec hosticus auferet ensis,
Nec laterum dolor, aut tussis, nec tarda podagra;
Garrulus hunc quando consumet cunque; loquaces,
Si sapiat, vitet, simul atque adoleverit aetas».

EJERCICIO:

—*«Est tibi mater? Cognatis queis*
—«¿Tienes madre? ¿Parientes entre quienes
est opus te salvo?»
haya preocupación por tu bienestar?»
—*«Haud mihi quisquam: Omnes*
—«No yo ninguno tal: A todos
composui».
los he enterrado».
—*«Felices! Nunc ego — resto.*
—«¡Felices ellos! Ahora yo (sólo) quedo.
Confice: Namque instat mihi triste fatum
Despáchame: Pues acércase a mí la triste suerte
quod sabella anus, mota urna
que la sabina bruja, habiendo sacudido la urna
divina, cecinit mihi — puero:
divina, cantó de mí (siendo yo) muchacho:
Neque dira venena, — neque ensis
Ni fatales venenos, (dijo), ni espada
hosticus, auferet hunc — nec dolor
de enemigo, destruirá a este (niño), ni dolor
laterum, aut tussis, nec tarda podagra,
del costado, o tos, ni la lenta gota,
— *quandocunque hunc consume,*
(sino que), a la postre lo destruirá
garrulus: si sapiat vitet loquaces
un hablador: si es sabio que evite a los habladores
simul atque adoleverit aetas».
tan pronto como adelante la edad».

Si a ese tipo le dio Horacio en sus versos su nombre verdadero, si a la cáfila a quienes condena los mencionaba con sus propios nombres, es punto sobre el que se deleitan los eruditos. Pareciera a veces que sí, que en su humana comedia llevasen, como en la divina, sus cognomentos de todos conocidos los diversos personajes. Pero no era preciso el uso de nombres verdaderos. Podemos estar seguros de que la fidelidad del retrato bastaba para que respingaran los retratados, y por sus propios alaridos de castigados a quienes les arde el flagelo todo el mundo podía reconocerlos y reconocer la justicia del castigo.

Ni era sólo a éste y a aquél individuo a quien Horacio castigaba: Era a clases enteras, a turbas, casi a pueblos. Quienes se ven empalizados en la picota del juez de hombres, llegan a creer que contra ellos personal e individualmente va el ataque, pero cada uno de éstos es legión. Y así es tremendo Horacio: "Nadie ha llegado como él hasta el fondo del vacío moral en el cual reposaba el gigantesco edificio del Imperio", declara Ferrero en su **Grandeza y decadencia de Roma.** En cuanto pudo, Horacio abandonó la ciudad y se fue al campo—¡feliz él! "Sus estudios, cierto disgusto de todos y de todo", dice Ferrero, historiador que no suelta a Horacio para explicarnos la época de Augusto,—"le inducían a vivir el mayor tiempo posible en el recogimiento, lejos de Roma. Tenía horror de leer sus versos en público; apenas se trataba con los diletantes de la literatura; muchas personas comenzaban a tratarle de orgulloso". Más aún, a Horacio no le querían. Cuando publica sus **Odas,**—"extraño poema cuya unidad ideal está formada precisamente con las contradicciones de sus diversas partes", "el documento más profundo de la crisis decisiva que se repite periódicamente en la historia de todas las civilizaciones a que han dado origen Atenas y Roma",—cuando, después de años laboriosos pasados en la soledad pública "la más fina y definitiva obra de la literatura latina", "la crítica y hasta el público mismo le acogió con hostilidad. Las **Odas** habían agradado mucho a cierta gente que era capaz de comprenderlas, sobre todo a Augusto, que las había tratado de **obra eterna;** pero los escritores, los críticos profesionales, el público, hallaron mil censuras para el tomito. Roma lo leyó, pues Horacio era un escritor tan célebre ya que no se podía hacer a un lado sus obras, pero no comprendió esta obra capital de su literatura, y en vez de admirarla procuró extender hasta su eterna belleza el confuso descontento del momento: Los pu-

ritanos se escandalizaron de las odas eróticas y acusaron la obra de inmoral; los críticos se vengaron del desdén que había mostrado por los círculos literarios: Decíase que estas poesías eran graciosas, pero que todas eran imitaciones de Arquíloco, Alceo, Safo..." Más de alguno le cobraba latigazos de las **Sátiras**.

Habría también a quienes irritara que Horacio se ocupase en revivir antiguos cuentos griegos y adaptarlos al latín. Que "el sabio ibero y el que bebe del Ródano" lo llegasen a estudiar, era afirmación para encolerizar a muchos que no veían en la obra horaciana la admirable unidad reveladora del espíritu en crisis de la Roma de Augusto, sino poemitas sin mayor significación. Preocupados, quizás, con más buen deseo que profunda comprensión, por la situación del Imperio, habría a quienes les molía que tan ligeras y aladas cosas fuesen el cuidado del intelectual. Hay a quienes las cosas eternas dejan de ser importantes, atentos sólo a las angustias del momento: De ésos hace poco leía en **Repertorio** queja contra los que no son más que litteratos, o versificadores hábiles o intelectuales **snobs** o **diletanti**, que se ponen alas de metáfora y vuelan a la altura para librarse de la lucha de aquí abajo. Pensé en los alfilerazos que sufriría Horacio si nos reviviese en Costa Rica. Porque Horacio rehusó tenazmente ser otra cosa que literato **snob**, que versificador hábil, que intelectual **diletanti**, que hombre con fáciles alas para vuelo más veloz que el de Icaro dedeliano, alas de cisne, alas blancas, de plumas leves, como nos dice en la oda suya que hemos estudiado. A Horacio le fastidiaba con frecuencia la insistencia de sus amigos en cosas que ellos llamaban serias. A Quintius Hirpinus le dirige esta XIma. del Segundo Libro de sus **Odas:**

Quid bellicosus Cantaber, et Scythes,
Hirpine Quinti, cogitet, Hadria
Divisus objecto, remittas
Quaerere; nec trepides in usum.

Poscentis aevi pauca. Fugit retro
Levis Juventas, et Decor, arida
Pellente lascivos amores
Canitie facilemque somnum.

Non semper idem floribus est honor
Vernis; neque uno Luna rubens nitet
Vultu: Quid aeternis minorem
Consiliis animum fatigas?

Cur non sub alta vel platano vel hac
Pinu jacentes sic temere, et rosa
Canos odorati capillos,
Dum licet, Assyriaque nardo.

Potamus uncti? Dissipat Evius
Curas edaces. Quis puer ocius
Restinguet ardentis Falerni
Pocula praetereunte lympha?

Quis devium scortum eliciet domo
Lydem? Eburna dic age cum lyra
maturet, in comptum Lacaenea
more comam religata nodum.

EJERCICIO:

Quid bellicosus Cantaber et Scythes
Lo que el belicoso cántabro y el escita
divisus — objecto Adria,
separado (de nosotros) por el interpuesto Adriático
cogitet, Quinti Hirpine, remittas quaerere;
mediten, O Quintius Hirpinus, deja de inquirir;
nec trepides in usum aevi
ni temas por las cosas necesarias de la vida
poscentis pauca. Levis juventas,
que requiere pocas cosas. La inconstante juventud,
et decor, fugit retro — arida
y la belleza, vuela en fuga (mientras que) la seca
canitie pellente lascivos amores facilemque
canicie repulsa los lascivos amores y el fácil
somnum. Non semper est idem honor
sueño. No siempre hay el mismo honor
floribus vernis; neque rubens luna
para las flores del verano; ni la roja luna
nitet uno vultu. Quid fatigas
brilla con un único aspecto. ¿Por qué te fatigas
animum, minorem aeternis conciliis?
el ánimo inferior a las eternales disposiciones?
Jacentes sic temere vel sub alta
Reclinados así despreocupadamente bien bajo alto
platano vel — hac pinu, cur non
plátano bien (bajo) este pino, ¿por qué no
potamus dum licet, odorati
bebemos mientras se puede, habiendo perfumado
canos capillos rosa, unctique —
nuestros canos cabellos con la rosa, y ungido (nos)
Assgria nardo? Evius dissipat curas
con el asirio nardo? Baco disipa las cuitas
edaces. Quis puer — ocius
que envejecen. ¿Qué esclavo (hay cerca) que pueda
restinguet pocula ardentis Falerni
refrescar pronto las copas de ardiente falerno
lympha praetereunte? Quis — eliciet
en el agua que pasa? ¿Quién (nos) traerá
devium scortum Lydem domo? Age,
a la peregrina cortesana Lidé de su casa? Vamos,
dic maturet cum lyra eburna,
ordena que se dé prisa con la lira de marfil,
religata nodum, more
una vez que se haya recogido en nudo, a la manera
Lacaenae, incomptam comam.
de una lacedemonia, el no peinado cabello.

Persiles

Rancho La Chola de la Cruz,
El General, agosto, 1932.

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.

Ultimas ediciones de ESPASA-CALPE, Madrid:

Rodolf Lehmann: ***Goethe y el problema de la educación individual.*** Traducido del alemán por José Ontañón.
Serie «Ciencia y Educación». Ediciones de «La Lectura».

Mauricio Baccarisse: ***Los terribles amores de Agliberto y Celedonia.*** Novela.

Melchor Fernández Almagro: ***Catalanismo y República Española.***

Pío Baroja: ***La familia de Errotacho.*** Novela.
De la nueva serie de novelas de Baroja, «La Selva Oscura».

Mariano Azuela: ***La Luciérnaga.*** Novela.

Francisco Melgar: ***Don Jaime, el Príncipe Caballero.***
De la serie «Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX».

Pierre Bovet: ***La Paz por la Escuela.*** Trabajos de la Conferencia Internacional celebrada en Praga del 16 al 20 de abril de 1927. Publicados con el apoyo del Ministerio checo-slovaco de Instrucción Pública.
Ediciones de «La Lectura».

Francisco Valdés: ***Resonancias.*** (1925-1928).

F. de Llanos y Torriglia: ***María Manuela Kirpatrik Condesa de Montijo, la gran dama.***
Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX.

Ambrosio Fernández O. S. A.: ***Biología.*** Con 434 láminas.

Alfonso Maseras y C. Fages de Climent: ***Fortuny, la mitad de una vida.***
Vidas de Españoles e Hispanoamericanos del Siglo XIX.

Envío de la Editorial APOLO, Barcelona.

Paúl y Víctor Margueritte: ***La Comuna,*** (Levantamiento de París, en 1871). Trad. de F. Cañadas.

A. E. Baker: ***Iniciación a la Filosofía.*** Traducción y prefacio de Francis Susanna.

Emilio Durkheim, Profesor de Sociología en la Sorbona: ***El Socialismo.*** Traducción y prólogo de Francisco Cañadas.

Giovanni Papini: ***Palabras y sangre.*** Traducción directa y prólogo de Mario Verdaguer.

Envío de la Casa Editora ARALUCE, Barcelona.

José Joaquín Díaz González: ***Tú eres esclavo.*** (La esclavitud en la Antigüedad). Ilustrada con 24 láminas.

Bartolomé Soler: ***Marcos Villari.*** Novela. 7ª. edición,

Jorge Useta: ***Espectro.*** Veinticuatro cuentos de siete colores.
Cuentos grotescos y caprichosos. Cuentos reales. Cuentos de viajar. Cuentos bufones.

T. de Silva Uzcátegui: ***Psicopatología del soñador.***

Pero Goethe nunca estaba fuera de sí: el ***Werther*** no es una enfermedad sino una curación; en el ***Fausto*** hay mucho de ironía y de crítica y el ***Goetz*** abunda en sano sentido moral, para no hablar de aquel ***Egmont***, tan justo en su concepción de la vida política y afectiva.—***Benedetto Croce***, citado por Alfonso Reyes.

P.—Para un principiante, qué obra de ecomía política me recomiendan? Y para conocer las diferentes ideas en este sentido?

R.—En los Manuales Labor, hay publicados varios tomitos muy elementales y claros, y, por consiguiente, muy adecuados para su objeto. Cuando ya tenga esas primeras nociones, consulte la «Economía Política» de Kleinwatcher y la de Cassel, en francés, París, 1929, y la «Historia de las Doctrinas Económicas», por Carlos Gide, traducida, editada en la Editorial Reus en 1927. Tiene un «Curso de Economía Política». Recientemente se ha publicado otro libro del mismo título por René Gounard, Madrid, 1932. Mucho más extenso, en seis volúmenes, es el «Cours d'economie politique», de C. Colson, (París, 1910-1924).

***(Luz*, Madrid).**

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Poemas de Fernán Silva Valdés

= De la obra *Poemas nativos*. Río de la Plata. MCMXXV. Agencia de Librería y Publicaciones. Montevideo-Buenos Aires =

LEYENDA DE LA FLOR DE CEIBO

Me lo dijo un indio viejo y medio brujo
que se santiguaba y adoraba al sol:
los ceibos del tiempo en que yo era niño
no lucían flores rojas como hoy.

Pero una mañana sucedió el milagro,
—es algo tan bello que cuesta creer—
con la aurora vimos al ceibal de grana,
cual si por dos lados fuera a amanecer;

Y era que la moza más linda del pago,
esperando al novio, toda la velada,
por entretenerse se había pasado
la hoja de un ceibo por entre los labios.

Entonces los ceibos, como por encanto,
se fueron tiñendo de rojo color...

Tal lo que me dijo aquel indio viejo
que se santiguaba y adoraba al sol.

LA CARRETA

Entre dos picaneadas
viborea la hilacha musical de un silbido...

Y pasa dando tumbos la rústica carreta.
Trae bueyes manchados
y el carrero de siempre,
que es un poco compadre
y otro poco romántico;
usa tras de la oreja
un caliente clavel colorado;
monta un caballo lerdo y esgrime la picana
con soltura en el brazo;
esa brava picana con la que ha tiempo viene
—desde los horizontes naranjas o encarnados—
azuzando a los bueyes
y midiendo el largor de los pagos.

Y pasa dando tumbos la rústica carreta.
Un arroyo risueño
quiere atajarle el paso con su cinta celeste;
caen al agua las ruedas, y el arroyo que es bueno
—pagando bien por mal—
con su propia agua herida le va colgando flecos.

Y más allá es un cerro
que la convida al ocio
mostrándole de lejos sus piedras de colores
que son como cristales que le han sobrado al cielo.

Mas la carreta no repara en ello
porque lleva al costado
otra cosa más linda, otra cosa mejor:
la boca del carrero, viva y húmeda,
frunciéndose en silbido o abriéndose en canción.

Y el carrero entre canto y silbido
se da a soñar
y a fantasear:
la hora de la tarde,
un rancho,
una ventana
cuadriculando un rostro que se escondió fugaz,
y entre las dos arrugas de su frente curtida
aquella ventanita es como un ojo más.

Mientras el hombre sueña las yuntas laboran
hundiendo la pezuña y agachando el testuz;
bajo la T mayúscula que hacen pértigo y yugo
parece que llevaran más que una T una cruz.

Prosigue envuelta en polvo la rústica carreta;
lleva un dolor de ejes como un dolor de huesos;
rueda tembleque y rota
de tanto dejar cargas al portal de los pueblos,
tal como esas mujeres viejas y enflaquecidas
de tanto dejar hijos
al portal de la vida.

Enfrente a una carreta me voy sintiendo niño.
A pesar de su facha claudicante y grotesca,
y su andar sin premuras, su andar de caracol,
tiene algo de alado y algo de tiempo antiguo;
y todo porque un buey se llama "golondrina",
y porque otro buey se llama "picaflor".

ALMA EN PENA

Con el sombrero gacho puesto sobre los ojos,
por el campo, en la noche, sin saber hacia dónde
voy andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

He pasado tres veces por el mismo sendero,
y tres veces me he herido en las mismas espinas,
andando, andando,
detrás de la estrellita roja de mi cigarro.

Mañana los vecinos dirán y con razón,
—prendiéndole a la Virgen un cabito de vela—
anoche por el campo anduvo una luz mala:
anoche por el campo anduvo un alma en pena!

CANTO DE CHINGOLO

I

Pobre chingolito,
—vidalitay—
lo tomé del suelo,
no podía volar
—vidalitay—
porque estaba enfermo.

II

Con mi mano grande
—vidalitay—
con mi mano ruda,
le hice una caricia
—vidalitay—
por sobre las plumas.

III

No teniendo jaula
—vidalitay—
en donde ponerlo,
lo eché en la guitarra
—vidalitay—
y se quedó quieto.

IV

Bitibío-bío
—vidalitay—
a la media noche,
bitibío-bío
—vidalitay—
lo oímos cantar.

V

Pero al otro día
—vidalitay—
lo encontramos muerto,
pobre chingolito
—vidalitay—
ay! vidalitay.

VI

Y hoy mi guitarra
—vidalitay—
tiene nueva voz:
la del chingolito
—vidalitay—
que en ella murió.

ARBOL DORADO

En mi tierra hay un árbol de oro y espinas,
—oro y espinas, todo un símbolo de América;—
como un moderno conquistador.
oro de buen olor,
yo me enriquezco de él

Dando mezquina sombra vive años y años,
sin leyendas que lo hagan ni mejor ni peor;
el invierno lo deja desnudo
y el buen tiempo lo viste con borlitas de sol.

Bien florecido alumbra; yo me encandilo en él;
parece un candelabro de mil luces doradas
que se ilumina solo, como de adentro a fuera,
para la velada de la primavera.

Es tan maravilloso que al verlo amanecer
así encendido, pienso que la noche anterior
los bichitos de luz han estado de fiesta
durmiéndose olvidados de apagar su farol.

Raro destino el suyo, ser bello y luego útil;
muerto para el paisaje nacer para el fogón,
y arder en brasas toda una faz de la luna...
¡envidiable destino, ser cada vez mejor!

HOMBRES RUBIOS EN NUESTROS CAMPOS

Hombres de ojos azules
y de rubia cabellera
que vienen a juntar
su vida a la vida nuestra
y el oro de su pelo
al de nuestra bandera.

Hombres de ojos azules que vienen a sembrar
trigo en nuestros campos
y a ser trigo ellos mismos
con su color dorado.

Su melancolía de emigrantes
se ha de hermanar muy bien con la melancolía
sensual de nuestros paisanos
y de nuestras paisanitas.

Sus pañuelos de vivos colores
han de ser como flores
entre nuestros pastos;
y sus nostálgicas canciones,
y sus vistosos bailes regionales
de figuras bizarras,
se van a colorear de blanco y de celeste
al influjo de nuestros pasados pericones
y del moño romántico que usaban las guitarras.

Hombres de ojos azules y oro en la cabellera;
cuando una criolla rubia sea la flor del pago
habrá una alegría nueva
en los campos uruguayos.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

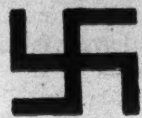
REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.)
Giro bancario sobre Nueva York.

Comentario

= De *El Sol.* Madrid =



LIGA PRO-HISPANOAMÉRICA
L. P. H. A.
FEDERACIÓN DE NACIONALIDADES HISPÁNICAS

Modesto Lafuente, 3
MADRID

Empezamos a observar que desde hace algún tiempo empieza a extenderse por España— ¿otra moda más?—el signo de la cruz svástica—"gammata" y también "dissimulata"—de significación tan agorera y fatídica en países de Centro Europa. De cruz, de cruz cristiana tiene muy poco hoy. En su origen parece que fué un símbolo solar.

En las estelas funerarias, sepulcrales, grabábase el sol con dos o más **ss** cruzadas y encerradas en un círculo; mas como para grabar a cincel en piedra, el ángulo es mucho más hacedero que la curva, de ese emblema curvilíneo nació el rectilíneo, del mismo modo que de las minúsculas curvilíneas, pintadas, sean **a, m, n,** salen las mayúsculas rectilíneas, angulares, grabadas, epigráficas, **A, M, N,** y otras. De aquel emblema solar curvilíneo, quitado el círculo, surgió, pues, la svástica. Las dos **ss** cruzadas se hicieron como dos **zz** de ángulos rectos, y resultó una cruz disimulada, hecha de cuatro escuadras. Y ¿qué hay de cruz?

Hemos visto esa cruz disimulada, de escuadras, en una que se dice bandera de Hispanoamérica, con cuatro cuarteles: blanco, rojo, azul y amarillo, y que es la de la Liga Pro-Hispanoamérica—L. P. H. A., ¡claro es!—, Federación— ¡hm!—de Nacionalidades hispánicas. Pero lo que más nos llama la atención es ver adoptada la cruz esa de disimulo por los nacionalistas vascos. Y esto nos ha hecho remontarnos a nuestra primera mocedad, la puramente vasca, cuando allá, en nuestra nativa Euscalerría, en Vizcaya, oíamos que los vascos adoraban la cruz antes de Cristo y morían en ella, en la cumbre del Irnio, cantando a sus dioses, o al Sol. Y aun oíamos—la fantasía no tiene freno—que de aquella cruz o "Lauburu", esto es, cuatro cabezas, hicieron los romanos su "lábaro". Con otros mitos y leyendas, nacidos los más de ellos de una erudición confusionaria. Y ahora, por lo visto, se ha creído que ese signo sepulcral, común en éste, las funerarias, vascas o no vascas, cristianas o no cristianas, es algo así como un emblema racista.

Emblema racista, y del más bárbaro e inculto racismo, del racismo xenofóbico y anti-semítico, es la svástica, la cruz disimulada, en Alemania y en Austria, entre los pueblos germánicos. Y así esa cruz no es ni cristiana, ni católica, ni propiamente es cruz. No es cristiana, pues Cristo mismo, y sus apóstoles, entre ellos Pablo, el apóstol de los gentiles, fueron—y son—judíos, y el cristianismo es tan semítico como ario. O mejor: está sobre semitas y arios y camitas y negros y amarillos y todo linaje de razas; en católico o universal. De donde esa cruz disimulada, ese escuadrado símbolo solar, es anti-cristiana y anticatólica. Y en otro respecto, riñe con el sentido de la escuadra masónica, que cuadra muy bien a los semitas.

Hay dos universalidades o catolicidades: la universalidad cristiana que reunió a todos los pueblos, sin distinción de razas, que formó la primera Internacional—y de proletarios, de esclavos, que tales eran los primitivos cristianes de las catacumbas de Roma—y la catolicidad socialista, la que en 1864 fundó la Internacional socialista al grito de: "Proletarios de todos los pueblos, ¡uníos!" Y esto que Marx y Engels fundaron sobre fe y esperanza de aquendidad, terrenales, respondía a lo que Pablo de Tarso, más que otro cualquier cristiano, había fundado sobre fe y esperanza de allendidad, celestiales. Dos universalidades, dos catolicidades, que aunque fundadas en fes y esperanzas, distintas, si bien no opuestas, en rigor no se excluyen. Y la caridad une los dos reinos. Como también se completan, en rigor, la interpretación materialista y la interpretación religiosa de la historia.

Lo que se queda fuera—y en contra—de ambas universalidades, de ambas catolicidades, de la cristiana y de la socialista, es el nacionalismo racista de la svástica. Aunque empieza a apuntar un monstruoso internacionalismo nacionalista, un racismo de las diferentes razas. Una locura.

Esta hoy ya fatídica palabra de "raza" es—ya lo hemos dicho antes—de origen español, y equivale a raya o línea. Se dice de "raza de sol", y "raza" se le llama en un tejido a una hebra. Raza es, pues, linaje, de línea. Y análogo es casta. Y como estas voces empezaron a usarse en ganadería, siguen teniendo un sabor de animalidad. Las concepciones racistas suelen ser concepciones zoológicas si es que no zootécnicas, de ganadería. Los racistas, quieran o no, a sabiendas o sin saberlo, consideran a los pueblos como ganado, como manadas. Generalmente de ovejas, a las que hay que esquilar. Quieren razas puras como un ganadero las busca. Razas puras en que se conserven los caracteres diferenciales—el hecho diferencial—que les hacen razas.

Y ahora, ¿qué sentido tiene esa svástica, esa cruz disimulada, esa cruz anti-cristiana y anti-católica, ese emblema solar, que ostentan, tal vez como amuleto, algunos de mis paisanos vascos? Sospecho que no tiene sentido alguno; que es otra puerilidad más de esos ingenuos e inocentes diferencialistas. Es jugar a la emblemática y al fetichismo. La voz fetiche la tomamos del francés, que a su vez la tomó del portugués "feitico", nombre que se daba a los idolillos o "hechizos"—que tal es el vocablo castellano—de los negros de las costas del Africa portuguesa. Un diosecillo hechizo, facticio, hecho de mano de su adorador. Que se adora en él a sí mismo. Y la puerilidad racial—y racista—de caer en tales adoraciones fetichistas entra en lo que el Catecismo de la doctrina cristiana, el del P. Astete S. J. llama "agüeros, hechicerías y cosas superticiosas". Quedando, pues, en que la svástica es emblema anti-cristiano y anti-católico. Y zoológico, no antropológico. Animal y no humano.

Miguel de Unamuno

Unas palabras

Dos de los jóvenes que hacen esta revista (1) me piden que les escriba algo para este número. Ya lo estoy haciendo, por complacerlos, pero en realidad ni sé qué decirles.

¿La unión de los estudiantes? Muy buena sería, pero no la veo. Unos estatutos, un reglamento tal vez obliguen pero difícilmente unen. Educados nuestros jóvenes en el sistema de la competencia y el egoísmo y no en el de la cooperación y la simpatía, es difícil que comulguen. Cada uno va por su lado. Y es posible que así sigan, hasta hacerse mayores. Sin más preocupación que las notas bimestrales, las promociones, no es fácil que estos jóvenes vayan unidos a parte alguna que exija sacrificio. Nada los liga, y de las ligas salen las religiones: ni un ideal, ni una devoción, ni un autor, ni una vocación. En las devociones, la comunión. Lo demás es en parte [redacted] robinsonear: lechar una cabrita y amaestrar un loro. Y de ahí no pasan.

Fiesta de la raza. ¿Cuál raza? Raza, raya; esto es, frontera, desunión, isla. No se aislen, muchachos; eso déjenselo a Robinson. Más bien la fiesta de la cultura, de la cultura hispánica definida como catolicidad, como eternidad.

Es mejor que se pongan a leer los clásicos inmortales, con amplia e intensa curiosidad, y a meditarlos, y con ello llegarán a la universalidad, a la comunión en los intereses verdaderos y permanentes del Espíritu. Júntense a leerlos por las tardes o por las noches y a su divino resplandor aprenderán ustedes a ser amigos y a dialogar; a discutir sin enojarse. Porque pueden discrepar en los pareceres y sin embargo, ser muy buenos amigos. Por no haber hecho esto, así viven estos pueblos: en discordia civil, desunidos, aniquilados. Tierras de la cizaña que empobrece y esteriliza.

Sí, jóvenes; don Andrés Bello, por ejemplo, los está esperando; agrúpense en torno (2) de su luz y de sus luces, trátenlo a fondo y se sentirán crecer en la unión y en el estudio. ¡Y como don Andrés, tantos otros! Santos tenemos, santos hay; lo que no hay son devociones; y sin devociones no hay ni entusiasmos, ni sacrificios, ni fe, ni admiración, ni religiones, ni vocaciones, ni ideas, ni ideales; esto es, se llega a carecer de lo fundamental, de lo que hace celestiales y eternos a los pueblos.

Más cultura: más cooperación, más unión, más fuerza. Lo otro es aldeanismo, esto es, suspicacia, desunión, zancadilla y enemistad. Y al final... que llegue alguien y nos engulla, y de dueños pasemos a inquilinos, y de patrias decendamos a factorías; algo, desde luego, sin señorío propio.

j. g. m.

Octubre, 1.º de 1932.

(1) *Arlequín*, revista estudiantil.
(2) Esta mesa redonda, de nuestra época, por ejemplo, tan antigua como las culturas, que no la de los rotarios, sí que vale la pena y nos place y nos conviene!

Imprenta LA TRIBUNA